



ANAIS DE HISTÓRIA DE ALÉM-MAR

Vol. XXIV (2023)

ISSN 0874-9671 (impresso/print)

ISSN 2795-4455 (electrónico/online)

Homepage: <https://revistas.rcaap.pt/aham>

La otra frontera. El expolio perpetuo: el saqueo del patrimonio cultural indígena. El caso de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia

Nayibe Gutiérrez Montoya 

Como Citar | How to Cite

Gutiérrez Montoya, Nayibe. 2023. «La otra frontera. El expolio perpetuo: el saqueo del patrimonio cultural indígena. El caso de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia». *Anais de História de Além-Mar* XXIV: 163-204. <https://doi.org/10.57759/aham2023.46422>.

Editor | Publisher

CHAM – Centro de Humanidades | CHAM – Centre for the Humanities
Faculdade de Ciências Sociais e Humanas
Universidade NOVA de Lisboa | Universidade dos Açores
Av.^a de Berna, 26-C | 1069-061 Lisboa, Portugal
<http://www.cham.fcsh.unl.pt>

Copyright

© O(s) Autor(es), 2023. Esta é uma publicação de acesso aberto, distribuída nos termos da Licença Internacional Creative Commons Atribuição 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.pt>), que permite o uso, distribuição e reprodução sem restrições em qualquer meio, desde que o trabalho original seja devidamente citado.

© The Author(s), 2023. This is a work distributed under the terms of the Creative Commons Attribution 4.0 International License (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>), which permits unrestricted reuse, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited.



As afirmações proferidas e os direitos de utilização das imagens são da inteira responsabilidade do(s) autor(es).
The statements made and the rights to use the images are the sole responsibility of the author(s).

La otra frontera. El expolio perpetuo: el saqueo del patrimonio cultural indígena. El caso de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia

Nayibe Gutiérrez Montoya*

Anais de História de Além-Mar XXIV (2023): 163-204.
DOI: <https://doi.org/10.57759/aham2023.46422>.

Resumo

Este artigo analisa a espoliação sistemática do patrimônio cultural indígena na Sierra Nevada de Santa Marta, Colômbia, entre os séculos XIX e XX. Examina como exploradores e instituições estrangeiras, sob o pretexto do “colonialismo científico”, retiraram objectos arqueológicos e etnográficos através de saques, enganos ou cumplicidade governamental. O estudo destaca a descontextualização destes bens em museus globais e a necessidade de recuperar a soberania cultural e a memória colectiva das comunidades afectadas.

Palavras-chave: Herança, Espoliação, Saque, Culturas pré-hispânicas, Sítios arqueológicos.

Data de submissão: 12/11/2022

Data de aprovação: 19/02/2026

Abstract

This article analyzes the systematic plundering of indigenous cultural heritage in the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia, between the 19th and 20th centuries. It examines how foreign explorers and institutions, under the guise of “scientific colonialism”, removed archaeological and ethnographic objects through looting, deception, or government complicity. The study highlights the decontextualization of these assets in global museums and the urgent need to reclaim cultural sovereignty and the collective memory of the affected communities.

Keywords: Heritage, Plundering, Looting, Pre-Hispanic cultures, Archaeological sites.

Date of submission: 12/11/2022

Date of approval: 19/02/2026

* Escuela Superior de Arquitectura Universidad de Sevilla, España.
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-4676-3754>. E-mail: nayigu@gmail.com.

A modo de introducción

Fue el etnógrafo y explorador alemán, nacido en Jena en 1883, Curt Unkel, que en 1906 se hizo bautizar con el nombre de Nimuendajú después de haber pasado varios años conviviendo con indígenas guaraníes del Estado de São Paulo (Thekla 2000, 29), quien primero llamó mi atención sobre los mecanismos oficiales, que los museos, universidades y otras instituciones venían llevando a cabo para posicionarse o entrar en la carrera de poseer las mejores colecciones etnográficas. Por supuesto, esto no era nada nuevo. Las potencias europeas llevaban cerca de un siglo utilizando el discurso de la protección y la conservación del “patrimonio de la humanidad” para apropiarse de importantes tesoros, de culturas africanas, del Medio Oriente y de Asia. Para nadie que haya visitado el Louvre, el British Museum o el Humboldt Forum en Berlín, pasan inadvertidas las portadas y los altorrelieves de los palacios asirios, los magníficos Bronces de Benín, los frisos del Partenón, o los sarcófagos egipcios, solo por mencionar algunas piezas, que solo en ciertos casos llevaban la palabra “reproducción” en su cartela museográfica. Lo demás era todo original. Solo nos quedaba preguntarnos: ¿cómo, cuando, por quién y a costa de quién llegaron esas piezas allí?

Desde inicios del siglo XIX despertaba en Europa y en Norte América el interés por América Latina, muy especialmente a partir de las publicaciones de Alexander von Humboldt, propiciando que importantes patrimonios materiales fueron monedas de cambio, o incluso donaciones, entregados y ofrecidas por las instituciones nacionales a estados europeos y a Estados Unidos. Es el caso, entre cientos, del regalo que Cândido Mariano da Silva Rondon hiciera a los reyes de Bélgica, y que fue depositado en el museo de Bruselas, de una importante colección etnográfica de diversos pueblos indígenas brasileños: “Eran numerosísimos los objetos, cada uno con el nombre en la lengua de la tribu a la que pertenecía, inscritas a las informaciones necesarias, sobre todo en cuanto al uso y procedencia” (Viveiros 1958, 473). O el caso del tesoro Quimbaya, colección de más de 120 piezas de orfebrería indígena, que el Estado Colombiano regalara a la reina María Cristina

de Habsburgo en 1893 y que hoy se conserva en el Museo de América de Madrid.¹

En el caso que nos ocupa, el expolio del patrimonio cultural de Sierra Nevada de Santa Marta, sigue siendo una herida abierta que condiciona la memoria colectiva de las comunidades indígenas de la región. El problema central radica en que la conformación de las grandes colecciones etnográficas en los museos más prestigiosos del mundo, se cimentó sobre métodos que oscilaron entre la rapiña y operaciones de saqueo. Bajo la excusa del colonialismo científico, se legitimó el traslado masivo de objetos, que fueron consignados en almacenes en el extranjero, y que duermen el “sueño del olvido” o fueron producto del mercado “negro” y hoy desconocemos su paradero. Esta desnaturalización no solo privó a las comunidades de sus referentes materiales, sino que convirtió el patrimonio en “moneda de cambio” o en “curiosidad etnográfica” para una élite ilustrada.

En la última década, la historiografía sobre el expolio en América Latina ha transitado desde la denuncia patrimonialista hacia un análisis sistémico de las redes de tráfico ilícito. Ya no se estudia la pérdida del objeto de forma aislada, la investigación actual, con un marcado acento en la arqueología de la gestión, entiende el expolio como una herida estructural en la soberanía cultural. En el contexto colombiano, los trabajos de Salge Ferro (Ferro 2007, 2010 y 2015) han sido determinantes para desmontar la narrativa del “huaquero” como un romántico buscador de tesoros y ha pasado a definirlo como un agente de descontextualización masiva. En paralelo, autores como Roberto Lleras (Lleras 2001, 2005, 2012) han explorado la relación entre el conflicto armado y la porosidad de las fronteras para el tráfico de bienes precolombinos, subrayando que el patrimonio ha servido, en ocasiones, como divisa de guerra, tratando la ilegalidad, no como un evento fortuito, sino como un lucrativo negocio.

¹ Con motivo de la exposición en Madrid de 1892 del “IV Centenario del Descubrimiento de América”, el gobierno colombiano, que había comprado a unos huaqueros de Ibagué una colección de objetos de oro pertenecientes a la cultura Quimbaya (21.224 gramos por 70.000 pesos) decidió enviar estas piezas a la muestra en España. Una vez en Madrid, el presidente de la República, Carlos Holguín, con el respaldo de su gobierno, decidió donar las piezas a la reina Gobernadora de España, María Cristina de Habsburgo, en agradecimiento por haber resuelto a favor de Colombia un laudo arbitral en un conflicto de fronteras con Venezuela. En 1893 la legación de la República de Colombia en España, con su embajador al frente, Julio Betancourt, hizo entrega oficial del conjunto de piezas que fue denominado “Tesoro de los Quimbayas”, quedando integrado en adelante en las colecciones del patrimonio histórico del estado español, en el Museo Arqueológico Nacional (Gamboa 2002).

A nivel latinoamericano, la tendencia se inclina hacia la criminología del arte; estudios recientes en Perú y México, enclaves del expolio, analizan el “blanqueo” de piezas en casas de subastas europeas a través de dos perspectivas diferentes. Mientras en Perú la investigación enfatiza la pérdida de información a raíz de la desnaturalización de los objetos, es el caso de los trabajos del profesor Santiago Uceda (Uceda 2000) que documenta el paso de una excavación clandestina, como la del señor del Sipán, en un modelo de protección comunitaria en Lambayeque; o del investigador Luis Jaime Castillo (Castillo 2012 y 2014) que trata sobre cómo el expolio de la costa norte, culturas Moche y Chimú, ha sido alimentado por la demanda de los museos y coleccionistas privados en el hemisferio norte. Por otra parte, investigaciones publicadas en revistas como *Arqueología y Sociedad* de la Universidad de San Marcos, destacan que la repatriación de bienes no debe ser el fin último, sino el inicio de una reconstrucción del tejido social.

Por su parte, en México el debate actual gira en torno a la reclamación de la soberanía y la lucha contra la mercantilización, citaremos los trabajos de Eduardo Matos Moctezuma (Matos 2010 y 2016) que trata el tema del “saqueo oficial” y dejan en evidencia las extracciones decimonónicas y el expolio contemporáneo; o el referente máximo sobre el derecho al Patrimonio Cultural, Bolfy Cottom (Cottom 2005, 2008 y 2012), que ha dedicado gran parte de sus trabajos a desglosar la insuficiencia de los tratados internacionales, como la Convención de la Unesco de 1970, frente a las dinámicas actuales de las casas de subastas como Christi’s o Sotheby’s.

En todos estos trabajos se observa una crítica severa a la ética del coleccionismo privado. La “limpieza” de procedencias dudosas en catálogos internacionales sigue siendo un punto ciego para la legislación internacional. En general la producción académica que ha tratado el expolio del patrimonio en la última década coincide en que el expolio no solo roba el objeto, sino que aniquila el dato. Sin estratigrafía, el oro o la cerámica son mudos. Este vacío de conocimiento es, quizás, la pérdida más irreparable para la historia. La tendencia actual apunta hacia una arqueología preventiva que integre a las comunidades locales, con una perspectiva del estudio del patrimonio y la innovación social, donde las personas no solo son vigilantes, sino actores en los estudios y en la gestión, en su papel como legítimos herederos del relato territorial. En este artículo defendemos la máxima que, la protección de patrimonio tendrá en cuenta la sociedad o no podrá suceder.

Con el propósito de fundamentar la dimensión pública del patrimonio, esta investigación implementa un método de análisis orientado a la reconstrucción de los contextos de origen y al seguimiento de la trazabilidad de los

bienes hasta sus destinos transatlánticos. Este enfoque trasciende la narrativa histórica lineal para proponer una lectura crítica de fuentes primarias, memorias, correspondencia privada e inventarios de embarque, que permita confrontar los registros de los expedicionarios con los fondos actuales en instituciones internacionales. Debido a la extensión del presente artículo, el análisis se centra en una fase inicial de revisión documental, examinando registros gráficos y bibliográficos que sirvan como herramientas para desmontar el discurso colonialista sobre la preservación. Al final del artículo propondremos algunas posibles líneas de investigación que conduzcan hacia la gestión del patrimonio, reconociendo su calidad como derecho colectivo y la urgencia de implantación de normativas para su amparo, protección y restauración.

Los inicios del saqueo “científico”

América Latina, como África, seguían y siguen representando el ámbito natural de expansión, de colonización, de las potencias del norte; y los Estados Unidos con sus doctrinas Monroe (“América para los americanos”) y del “Destino Manifiesto”, intentarían ganar la carrera a los europeos en la apropiación del patrimonio de los pueblos centro y sur americanos (Ruiz 1989, 19; Harrison 1955). Los conceptos de seguridad y soberanía fueran ampliamente explotados por las instituciones norteamericanas, en unas décadas en que la presencia de instituciones, compañías y agentes europeos, y particularmente de alemanes,² despertaban muchas suspicacias.

Francia tuvo una presencia muy notoria en la zona, y personajes como Elisée Reclus anotaba en su diario de viajes por el norte de Colombia en 1855 que “los que hablan con desprecio de la América Latina, no ven en ella sino la presa de los invasores anglo-sajones” (Reclus 1861, 6); y Joseph Brettes varias décadas más tarde, resaltaba que “¡Si pudiéramos saber! ¡Si supiéramos cuántas riquezas esconden esas tierras tan poco conocidas y tan fértiles! Y, sin embargo, pueden estar seguros, son riquezas que algún día tentarán a los europeos, por fin fatigados de desgastarse en el continente negro que devora sin piedad a aquellos que intentan sembrarlo [...]” (Niño 2015, 166). No se equivocaba anunciando una nueva colonización de

² A inicios de la tercera década del siglo XX, en el puerto de Santa Marta actuaba un agente encargado de revisar los movimientos de la población alemana que crecía rápidamente después del final de la Primera Guerra (Londoño 2020, 11-21).

extranjeros. La exitosa campaña económica expansionista de los Estados Unidos hacia el sur, que se consolidó a finales del siglo XIX, estimuló la aparición de instituciones y escuelas, y el apoyo a ciertas disciplinas, proyectos y estudios, en el Caribe, Centroamérica y Suramérica, que, de manera sistemática y con la excusa de la ciencia, el desarrollo, el conservacionismo y la filantropía, se dedicaron a expoliar el continente mientras, al mismo tiempo, recopilaban información sobre los recursos y las posibilidades económicas de las diversas regiones.

Las más importantes universidades, las sociedades de geografía, de etnología y de ciencias naturales, y los departamentos para los estudios sobre América, que iban apareciendo, así como los museos, en América y en Europa, promovieron las adquisiciones de objetos y colecciones que provenían de diversas regiones del continente. Y dichas muestras, especímenes, objetos y cultura material representaban, para el público norteamericano y europeo, la prueba de la superioridad de los estados del norte sobre los poco desarrollados del sur; en las palabras del profesor Wilhelm Londoño, “la deslegitimación de las culturas locales por medio de la arqueología ha sido una constante en la arqueología nacional de los países de América Latina” (Londoño 2020). El hallazgo de grandes sitios arqueológicos como las ciudades mayas o la ciudadela de Machu Picchu, había demostrado que la construcción de un pasado legendario, alejada de la realidad en que vivían esos pueblos en el presente, era sencilla y apenas tenía contestación en la comunidad política, social y cultural local, sino más bien todo lo contrario. Disciplinas como la etnografía y una arqueología fueron fuertemente promocionadas (Rubiés 2002), ya que estaba demostrado que la lectura de la evidencia arqueológica y las fuentes etnográficas, constituían mecanismos eficaces para demostrar que “las tribus locales eran pálidos reflejos de lo que fueron grandes polos de civilización” (Londoño 2020). Y la historia resultó, también un gran aliado del proyecto neo-colonialista, ya que las descripciones de cronistas y viajeros a lo largo del período colonial no dejaban duda de que el continente estaba plagado de pueblos con importantes culturas que habían llevado la fabricación de objetos suntuarios a su máxima expresión. A muchos se les escapaba que este enaltecimiento de las culturas desaparecidas venía acompañado del desprestigio de las presentes.

Instituciones públicas y privadas financiaron costosas expediciones hasta los más apartados rincones del continente, y algunas veces con protagonistas que eran ya figuras públicas con gran reconocimiento internacional. Es el caso de la expedición a la selva del Amazonas que el expresidente Theodore Roosevelt llevó cabo en 1913, y que casi le costara

la vida. Este viaje de más de tres meses por el interior del Brasil, fue patrocinado por el Museo de Historia Natural de Nueva York (Roosevelt 1914; Viveiros 1958, 370-425), institución que apoyó expediciones a diferentes regiones del continente suramericano durante décadas. Pero no fue la única: el Museo “Americano” de Historia Natural de Nueva York, el Instituto Carnegie de Washington y el Consejo Nacional de Investigación, entre otras antiguas contrapartes del gobierno norteamericano como el Smithsonian Institut, La American Philosophical Society (Ruiz 1989, 18), la American Geographical and Statistical Society, el Museo Universitario de Filadelfia o la Fundación Heye de Nueva York, además de un extenso listado de instituciones europeas, como el Museo Etnográfico de Berlín o el Museo Británico, tenían ya décadas de experiencia de exploraciones en Asia y África, y ahora se sumaba el continente americano. Era el siglo de las grandes colecciones museográficas, y los museos aspiraban a convertirse en bibliotecas universales.

Este interés creciente propició la conformación de una red de coleccionistas y aficionados a la arqueología, que gravitaba entre EEUU, Londres, Berlín y París, que podían llegar a veces a intercambiar información pero que también compitieron por la adquisición de los más exquisitos objetos de colección. Todo esto, favorecido por la falta de leyes que protegiera en las repúblicas latinoamericanas el patrimonio arqueológico, facilitó la salida de importantes colecciones arqueológicas de estos países: la exportación de este patrimonio era una práctica legal y socialmente aceptada. Gustaba, por un prurito nacionalista, que afuera reconocieran la importancia de sus antiguas culturas, aunque fuera mediante una rapaz pérdida de materiales patrimoniales. En Colombia, las primeras leyes que intentaron regular la exportación de objetos arqueológicos son de 1907 y su disposición fue endurecida con las leyes de 1918, 1919 y 1920 (Piazzini 2020), aunque esto no evitó que el expolio continuara. Tenemos testimonios que comprueban que hasta 2004, y tras la Declaración de la Organización de los Estados Americanos, y su Decisión 588, por la cual se regula la protección y recuperación de bienes del patrimonio cultural de los países miembros de la Comunidad Andina y que se reflejó en diversas leyes nacionales, salieron de Colombia de forma irregular miles de piezas consideradas de gran valor cultural.

Así, durante casi siglo y medio, ya fueran resultado de las expediciones, o bien a través de los importantes lobbys de coleccionistas y tratantes, cualquier medio era aceptable para “hacerse” con todo objeto susceptible de ser expuesto. En el caso colombiano ingenieros, científicos, comerciantes

y funcionarios (Botero 2006, 151) se convirtieron en importantes agentes proveedores de piezas y colecciones para instituciones de todo el mundo. Algunos coleccionistas llegaron a adelantar grandes cantidades de dinero a sus agentes para que fueran más efectivos en los mercados locales. Y aunque los museos fueron también destinatarios de importantes donaciones, las colecciones más importantes no llegaron a ellos por esta vía (Botero 2006, 190).

Según las fichas de registro del Museo del Oro de Bogotá, y que hacen referencia a piezas orfebres de antiguas culturas colombianas que “se encuentran” en museos extranjeros, figuran casi todos los europeos, que “recibieron” piezas arqueológicas indígenas: “En Gran Bretaña, el Museo Universitario de Arqueología y Etnografía de Cambridge; el Museo Británico, el Museo Victoria y Albert y el Museo Honiman de Londres; el Museo de la Ciudad y la Galería de Arte de Birmingham. En Escocia, el Museo Real Escocés de Edimburgo. En Francia el Museo del Trocadero [...] y el Museo de Antigüedades de Saint-Germain-en-Laye. En Bélgica, el Museo Real de Arte e Historia de Bruselas. En Holanda, el museo Rijks de Leiden y el Instituto Koninklijk de Amsterdam. En Alemania, los museos de Etnografía de Berlín, Bremen, Colonia, Hamburgo, Friburgo y Munich. En Dinamarca, el Museo Nacional Danés de Copenhague. En Suiza, el Museo de Etnografía de Basilea y el Museo de Historia de Berna, el Museo de Etnografía de Ginebra, el Museo de Neychâtel y el Museo Rietberg de Zurich. Y en España, el Museo de América de Madrid”.³

Muchos de los europeos y norteamericanos que llevaron estas piezas eran jóvenes estudiantes que viajaron, con el patrocinio de las instituciones, con la excusa de realizar trabajos de campo para sus tesis doctorales, pero en otros casos fueron los mismos mecenas, científicos reconocidos y algunos hasta fundadores de los museos nacionales, como es el caso del alemán Adolf Bastian, uno de los fundadores del Museo Etnográfico de Berlín y padre de los estudios etnológicos alemanes, que viajó por gran parte de la geografía latinoamericana tomando muestras, fotografías, anotando descripciones y recogiendo colecciones, expoliando en su camino cuanto yacimiento arqueológico encontraban.

Estas campañas y empresas propiciaron a su vez la aparición de instituciones como la Escuela Internacional, en México, que en la segunda mitad del siglo XX incorporó a personajes de reconocido prestigio, como el profesor

³ Fichas de Registro de Colecciones de Orfebrería Extrajeras, Museo del Oro, Bogotá; citado por Botero (2006, 138).

Franz Boas,⁴ que se encargaron de enlistar y formar a científicos locales, que, en muchos casos, continuaron estudiando el mundo antiguo americano con más que notables señales de etnocentrismo y colonialismo científico y cultural. En Colombia comenzaron a aparecer instituciones como el Instituto Etnológico Nacional, fundado por Paul Rivet, o el instituto etnológico del Magdalena que tuvo como padres fundadores al matrimonio de la colombiana Alicia Dussán y el alemán, exiliado en Colombia, Reichel-Dolmatoff. Estas instituciones fueron las antecesoras de las posteriores escuelas de antropología y arqueología (Londoño 2020).

La sociedad entre las instituciones científicas y la empresa privada no solo era muy útil para estos propósitos, y muy necesaria, ya que eran éstas las que se encargaban de abrir las puertas de los consulados, cancillerías, ministerios, aduanas, universidades y demás instituciones, que facilitaban el acceso a lugares, regiones, almacenes, reservas y comunidades en países donde, sin esta colaboración, habría sido mucho más difícil o imposible llegar. Es el caso de Curt Nimuendajú, que llegó a Brasil en 1905, y sería su vinculación con el Servicio de Protección a los indios (Thekla 2000, 28) lo que le abrió las puertas de un gran número de comunidades localizadas en la cuenca del río Amazonas, de la cuales obtuvo un gran surtido de objetos, que fueron vendidos a museos europeos. Y aunque quienes conocieron a Curt opinan que su interés no fue lucrarse, y que los dineros le sirvieron para sufragar sus investigaciones durante años en la región, no podemos sino imaginarnos la gran riqueza cultural que fue expoliada, descontextualizada y mucha de ella al final destruida.

En Colombia, los métodos aplicados por una compañía anónima en las excavaciones en la laguna de Siecha en 1873, en el parque natural de Chingaza, Cundinamarca, que dieron como resultado el hallazgo de objetos de orfebrería de incalculable valor, suscitaron muchas críticas en la época; pero algunos científicos justificaron los riesgos que pudieran causar al medio ambiente y a los posibles objetos que se encontraran en el lecho de la laguna, por el valor científico de los que pudieran rescatarse, siempre confiando que los “accionistas de esta incursión tuviesen la inteligencia de apreciar el valor científico de los dichos objetos “para la sociedades etnológicas y para el mundo científico” (Botero 2006, 141). Pero lejos de esto, la

⁴ La Escuela Internacional de México recibió al profesor Franz Boas durante varios años. Boas fue un científico estadounidense de origen judío-alemán. Afincado en Estados Unidos desde finales del siglo XIX, es considerado uno de los padres de la arqueología americana y se destacó por ser fundador de diversas instituciones que reunían profesionales de destacado prestigio en este campo (Stocking 1960).

arqueología expansionista promovida por compañías e instituciones norteamericanas y europeas, deslegitimaban las culturas locales como atrasadas, incultas e incapaces de entender, valorar y resguardar aquel tesoro material, justificando así la explotación de sus recursos y personas y el despojo de su patrimonio (Londoño 2020).

Salvo contadas excepciones, la extracción de objetos se realizó sin disimulos, reservas o secretismos; más bien, y en muchas ocasiones, fueron los naturales de la región e incluso las autoridades las que facilitaron y hasta incentivaron la extracción de las piezas. En algunos casos con la aquiescencia, el permiso, la desidia o la participación de los gobiernos, o mediante el abuso, el engaño y la extorsión a las comunidades nativas. Incluso algunos de estos expoliadores, como Alden Mason, no dudaron en reconocer que el éxito de su expedición lo debió a los “nativos iletrados y sin honor, cuyos pies desnudos nunca estuvieron demasiado magullados o irritados por las garrapatas y las pulgas, y cuyos cuerpos nunca estuvieron demasiado torturados por la fiebre y la anemia, para detener una sonrisa feliz y una palabra agradable” (Mason 1931, 10).

Muchas de estas piezas que encontramos en cuadernos de anotaciones, en registros de carga y transporte, y algunas veces, en inventarios, se desvanecieron en el espacio y el tiempo ¿Cuántos objetos habrán terminado en colecciones privadas⁵ y cuántas seguirán perdidas en anaqueles de almacenes durmiendo el sueño del olvido? Probablemente nunca lo sabremos. David Dellenback,⁶ que viajó a Berlín en 1992 para conocer y registrar el estado de las esculturas de San Agustín que habían sido llevadas al museo Etnográfico de esta capital, “constató que durante más de 80 años estos bienes han estado arrumados en una bodega sin que ninguna autoridad colombiana haya hecho nada para recuperarlas” (Silva 2016). Veinte años después nada ha cambiado.

Expediciones y comisiones fueron el punto de partida para que, durante el siglo XIX, se sucediera un goteo constante de exploradores ingleses, franceses, italianos, alemanes, australianos, polacos, suecos, griegos, norteamericanos y también colombianos, de todas las disciplinas: biólogos, naturalistas, físicos, geólogos, climatólogos, vulcanólogos, etnógrafos, arqueólogos, paleontólogos, etc. Y casi todos dejaron sus observaciones, estudios y reflexiones en un sinnúmero de informes, artículos,

⁵ La colección prehispánica del museo de Berlín llegó a alcanzar las 120.000 piezas catalogadas, de las cuales 47.000 corresponden a América Central y 73.000 a América del Sur (Botero 2006).

⁶ Súbdito norteamericano que llevaba décadas viviendo en el Valle del Cauca, así como en San Agustín.

tratados, libros y tesis, escritos en inglés, francés y alemán, y publicados en revistas y editoriales en Estados Unidos y Europa, muchos de los cuales aún siguen sin ser traducidos al castellano. Según Eliseé Reclus, que viajó por el litoral granadino entre 1855-1857, anotó que los extranjeros eran muchos y se hallaban por todas partes: hasta en los más pequeños pueblos encontraba comerciantes, tratantes o agentes de alguna compañía, o tenían sus casas de campo los diplomáticos,⁷ y en las ciudades funcionaban ya círculos de europeos: “En el gran hotel de Barranquilla solamente vi extranjeros de todos los puntos del globo” (Reclus 1861, 38). Muchos de ellos gustaban de hacerse con piezas antiguas como objetos exóticos y suntuarios, para mostrar en sus países de origen como “curiosidades nativas”.

Un listado de acopiadores, expoliadores y coleccionistas.

Gabriel Giralda Jaramillo en su obra “Bibliografía colombiana de viajes” (Giraldo 1957) anota más de 250 obras de viajeros colombianos y 500 de extranjeros que aportan sus impresiones sobre el país. Nosotros mencionaremos en este trabajo algunos de ellos, los conocidos como “guaqueros ilustrados” (Silva 2016), que visitaron o llevaron a cabo expediciones en la provincia de Santa Marta y sus tierras adyacentes. De unos conocemos bien su biografía y especialmente sus “actividades” en la región, que hemos podido reconstruir a veces con cierta precisión, basándonos en sus propios datos, memorias o trabajos; pero de otros apenas tenemos unas pocas informaciones porque ni siquiera dejaron huellas del expolio que llevaron a cabo.

Los agrupamos por orden cronológico.

1844-1856 | Gustav Kerl Eilhelm Hermann Karsten (1814-1908)

Fue un botánico, pteridólogo, micólogo y geólogo alemán, que dedicó gran parte de su vida a la exploración. Fue profesor en las universidades de Berlín y de Viena, y miembro de la Academia Alemana de Ciencias Naturales. Trabajó en América Latina, principalmente en Venezuela, Colombia y Ecuador entre 1844 y 1856, y durante su estadía en Colombia hizo parte de la Comisión Corográfica, período en que tuvo oportunidad de conocer importantes científicos colombianos, como el botánico José Jerónimo Triana

⁷ El cónsul de Prusia en Sabanilla, el señor Hasselbrinck, tenía su casa y hasta despachaba en Sabanilla (Reclus 1861, 33). El cónsul francés tenía una finca en Mamatoco (Reclus 1861, 62). El señor M. Dagon, tenía una gran hacienda cafetalera en el valle del Cesar (Reclus 1861, 38).

quien fue su compañero en algunos viajes. Karsten exploró las montañas del Quindío, los valles del Cauca, del Patía, y durante varios años realizó exploraciones en las provincias del Magdalena y la Guajira, y es muy posible que residiera en la región, ya que en 1855 cuando Reclus pasó por el pueblo Corral de piedra en valle del Cesar, aún había recuerdos de que la familia de Karsten había vivido allí (Reclus 1861, 105).

Podemos suponer que en los 12 años que Karsten pasó en Nueva Granada tuvo acceso a un gran número de yacimientos y a comunidades indígenas; porque producto de estos viajes fueron una gran cantidad de artefactos, arqueológicos y etnográficos, y especímenes, que fueron vendidos a diversas instituciones europeas. Según la información consignada en el Museo Etnológico de Berlín, las primeras piezas de que se tenga constancia que fueron recibidas en el Museo, provenientes de yacimientos colombianos, habrían sido vendidas por Gustav Karsten en 1857; dicha colección estaba compuesta por un par de objetos de orfebrería procedente de la laguna de Guatavita y una serie de objetos etnográficos de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre la que se hallaba “una figura antropomorfa femenina, instrumentos de piedra, hojas de coca y un poporo”.⁸

En sus trabajos, aún sin traducir, sobre la fauna y flora de la Nueva Granada, quedaron plasmadas partes de las observaciones recogidas en sus viajes (Karsten 1869); probablemente cuando tengamos acceso a todos sus trabajos, libros y diarios, podamos hacernos una idea de los yacimientos que éste científico trabajó y extrajo sus piezas, y de las comunidades indígenas con las que tuvo contacto y de las también obtuvo materiales.

1860 | Charles Saffray

Fue un expedicionario, viajero —y probablemente médico— francés, con intereses en los estudios antropológicos y de la naturaleza. Según los datos proporcionados por el mismo Saffray, había viajado por el litoral neogranadino entre 1860–1861, y la primera parte de su viaje la habría dedicado a explorar la provincia de Santa Marta y la Sierra Nevada, donde habría pasado algún tiempo visitando algunas comunidades indígenas, sobre los que nos deja comentarios como: son “una hermosa raza; su tipo se asemeja al de kalmuco, al que se parecen también por el color y la estatura. Descienden de los invencibles Taironas [...]” (Saffray 1876); le llamó especialmente la atención las armas y herramientas de caza, como las cerbatanas y las flechas,

⁸ “Objetos recibidos de Santa Marta”. América, n. 612/57. Colecciones Etnológicas, v.2, I. B. Archivos del Museo Etnográfico de Berlín, Berlín (Botero 2006, 140).

anotó detalles sobre las técnicas de caza, el uso del curare e incluso menciona el tiempo que las presas tardaban en morir.

Saffray visitó también Cartagena y la vecina Turbaco, y Barranquilla, y como muchos otros viajeros de la época se refiere a ellas como ciudades con sociedades decadentes, en contraposición con la exaltación que hace de la flora y la fauna del país.

Siguiendo la ruta del río Magdalena, Saffray llegó a Cundinamarca y pasó algún tiempo en Bogotá; residió varios meses en Medellín, desde donde organizó sus expediciones a la provincia antioqueña; viajó a Popayán y Cali, y desde allí a Buenaventura y el Chocó, y pasó varios meses recorriendo los ríos de la región del Pacífico; descendió el río Atrato para salir al golfo de Urabá y terminar su expedición en Cartagena (Saffray, Edouard Andre 1984). Según el texto, Saffray habría pasado varios años viajando por Colombia y habría regresado a Francia con tiempo suficiente para encargarse de los grabados y dibujos y publicar su texto en 1869.

Aunque el texto se acerca a los libros de viajes propios del siglo XIX, encontramos que el libro de Saffray trata aspectos generales y solo en algunos casos se detiene en detalles puntuales, que parecen más el resultado de un ejercicio de la memoria y menos del resultado de anotaciones realizadas en un diario. No está muy claro el objetivo de su expedición, aunque algunos investigadores sugieren que pudo tener propósitos científicos y económicos.

Lo cierto es que en el texto de Saffray no encontramos muchas referencias sobre su inclinación al coleccionismo o a la cacería de tesoros, aunque algunas descripciones de las armas y otros objetos, herramientas, atuendos, etc., y los grabados y dibujos de su texto, entre los que hay representaciones de algunos objetos orfebres, cerámicos y líticos, algunos acompañados con el rotulo “recuperados de tumbas”, nos sugieren que Saffray pudo haber llevado a cabo excavaciones en yacimientos, u obtenido una colección de objetos de otros huaqueros, anticuarios o coleccionistas.

1878 | Frederick A.A. Simons

Fue un geógrafo, naturalista, expedicionario e ingeniero inglés, miembro de la Real Sociedad de Geografía de Londres. Empezó una expedición de cerca de 3 años por las provincias del Magdalena y de la Guajira y fue comisionado por el gobierno colombiano en 1878, para completar las cartas geográficas de las provincias de Bolívar y del Magdalena, que fueron iniciadas por la Comisión Corográfica encabezada por Agustín Codazzi 20 años atrás, y que habían quedado inconclusas (Caballero 1994; Restrepo 1984;

Sánchez 1958). Y de sus expediciones salieron diversos artículos, informes y mapas publicados entre 1879 y 1887, en los que encontramos interesantes descripciones geográficas y de los modos de vida de las comunidades indígenas con las que tuvo contacto y datos sobre yacimientos y restos arqueológicos que encontró.

El primer contacto con la geografía colombiana se produjo antes incluso de pisarla: “The most picturesque view of the Nevada is certainly from the sea, I shall never forget the first glimpse I caught to fit, while crossing from Curaçao to Rio Hacha (La vista más pintoresca de la Nevada es ciertamente desde el mar, nunca olvidaré el primer vistazo que le di, mientras cruzaba de Curazao a Río Hacha)” (Simons 1881, 706). No pasó mucho tiempo en Riohacha cuando decidió internarse con destino de la ciudad de Valledupar, que le sirvió de base para las expediciones por toda la región. Simón visitó la Guajira, el valle del Cesar y el Ranchería, la serranía del Perijá y el Sinú, pasó meses recorriendo las tierras bajas de la Sierra Nevada, llevó a cabo expediciones a las bahías de la costa samaria, a la Ciénaga Grande, y exploró sus principales afluentes. El ascenso a las tierras altas y a las nieves representó un gran reto, y después de varios intentos, y de buscar la mejor ruta, Simón alcanzó los picos nevados por la ruta de San Sebastián de Rábago y Atanquez para, posteriormente, descender por las faldas del norte y salir al litoral.

Visitó varias comunidades indígenas en Rosario, Marocaso, San Miguel y Santa Cruz, Bonda, Macotama, Taquina, Santa Rosa, Pueblo Viejo (Simons 1879, 693), y en su texto describe los puentes, caminos y escalinatas construidos en la antigüedad: “Cerca de Masinga hay algunos restos muy interesantes de un antiguo camino, que se dice que es indio, y que conduce al interior. Las losas de granito están maravillosamente unidas, de inmenso tamaño, y siguen colina arriba y colina abajo durante más de una milla, terminando en una gigantesca escalera” (Simons 1881, 719). Describe los santuarios serranos que ningún blanco había visitado hasta la fecha y hasta localiza algunos yacimientos arqueológicos como Pocigüeica, legendario asentamiento indígena desaparecido desde el siglo XVI.

Simón elaboró un detallado mapa de la Sierra, el mapa más preciso elaborado hasta la fecha, que apareció publicado por primera vez en 1879 junto con una descripción de las poblaciones indígenas, recursos, las cuencas hidrográficas y yacimientos arqueológicos (Simons 1881, 768), indicando la localización de algunas grandes explotaciones de café y de otros productos que ya existían en las laderas de la Sierra Nevada, y haciendo especial mención de su interés por la recolección de muestras y especímenes de flora y fauna y otros objetos que fueron entregados en el Museo Británico (Simons 1881, 722).

1880s | Friedrich Wilhelm Sievers (1860-1921)

Fue un naturalista, geólogo, explorador y geógrafo alemán, que desde muy joven se sintió atraído por Colombia a raíz de los negocios de su padre en el Caribe. A lo largo de su vida realizó varias expediciones en la región, a los andes peruanos, ecuatorianos y la Amazonía. Con el patrocinio de la Sociedad Geológica de Hamburgo llevó a cabo dos compañías exploratorias en la zona norte de Colombia y Venezuela, la primera entre 1884 y 1885, y la segunda entre 1892-1893. Según la información que poseemos, los objetivos eran principalmente científicos: Sievers realizó estudios geográficos y geológicos en la zona, y en la Sierra Nevada de Santa Marta recogió información a fin de resolver la cuestión sobre si el macizo montañoso constituía, o no, parte de la cadena de los Andes (Castro, Gómez, y Posada 2018). Este problema fisiográfico fue la excusa para que realizara amplios recorridos por la Sierra Nevada y por la serranía de Perijá.

Sievers, que se consideraba a sí mismo un explorador que aplicaba a cabalidad un método científico, fue muy crítico con otras expediciones como las del ya citado Joseph Brettes (Niño 2015, 163). Después de su primera experiencia americana, Sievers llegó a servir de asesor para otros investigadores, como el alemán Theodor Preuss, del que luego daremos informaciones, antes de realizar su segunda campaña, en la Sierra Nevada de Santa Marta orientada al conocimiento de sus comunidades indígenas (Reyes 2018) y, sobre todo, al trabajo en los principales yacimientos arqueológicos conocidos hasta la fecha.

Según los datos con que contamos, Sievers pasó varios meses recogiendo datos y muestras, y tomando medidas a lo largo y ancho de la sierra del Perijá y la Sierra Nevada de Santa Marta, hasta alcanzar las nieves perpetuas. Visitó y realizó la exploración de los principales afluentes de la región, y llevó a cabo visitas a diversas comunidades indígenas, entre las que estaba el pueblo de San Miguel, donde tuvo oportunidad de asistir a ceremonias, rituales y fiestas tradicionales (Sievers 1887), cuyas descripciones dejó recogidas en sus trabajos. Pero no solo recogió datos e información: sabemos, por lo informes oficiales depositados en el museo de Berlín, que Sievers les ofreció una vasija de cerámica “tairona” proveniente de la Sierra Nevada y varios fragmentos que había encontrado en una tumba.⁹

⁹ “Wilhelm Sievers a Adolf Bastian”, Hamburgo, 1 de noviembre de 1886. América, n. 299/86. Colecciones Etnológicas, v.10, agosto 1885 - diciembre 1887. Archivos del Museo Etnográfico, Berlín. (Botero 2006, 151).

Los resultados de sus viajes quedaron recogidos en diversos trabajos publicados entre 1887 y 1920, entre los cuales figuran varios textos científicos y un libro de divulgación con abundantes ilustraciones, titulado *Reise in der Sierra Nevada de Santa Marta* (Sievers 1887), un artículo científico sobre la geología y la geografía física de las dos sierras mencionadas, “Die Sierra Nevada de Santa Marta [...]”, más un texto de difusión sobre “Los indígenas Arhuacos [...]” de 1886 (Sievers 1986), entre otros trabajos que no han sido traducidos hasta hoy. Además, varios escritos en formato de cuadernos de viaje que presentan las experiencias en forma de itinerario en el que se muestran las características más importantes de los recorridos como la geología y la distribución de los glaciares en las montañas y las comunidades que la habitan (Sievers 1896; Sievers 1903).

1890 | Joseph Brettes (1861-1934)

Es probable que el ya varias veces citado Joseph Brettes hiciera parte de ese flujo de viajeros, aventureros o inmigrantes, a los cuales Elisée Reclus se refería cuando escribía: “Si yo lograra hacer dirigir hacia este país una pequeña parte de la corriente de emigración que arrastra a los europeos, mi dicha sería completa” (Reclus 1861). Como todos los exploradores que pasaron por la región del Magdalena, Brettes habría tenido como libro de cabecera el texto de Reclus.

Descendiente de una familia de nobles de la Aquitania francesa, Joseph ostentaba el título de conde de Limoges y fue un militar aventurero. Llevó a cabo expediciones en el Chaco argentino, Paraguay, Bolivia y Brasil. Según nos indica el profesor Juan Camilo Niño Vargas, quien ha escrito varios trabajos sobre este personaje, lo que diferencia a Joseph Brettes de los viajeros y exploradores de la época fue su marcado interés por las comunidades indígenas (Niño 2015, 144). Brettes recibió reconocimientos de parte de la Sociedad Geográfica francesa, que le valieron una plaza en la Sociedad de Antropología de París y en la Sociedad de Americanistas de Francia (Niño 2015, 163).

Su periplo por Colombia y Venezuela, comenzó en 1890 y rápidamente entabló relaciones con las comunidades de la región caribeña. Según Rodríguez Maldonado, Joseph contrajo matrimonio y tuvo un hijo con la joven Josefina Bonivento, que pertenecía a una importante familia de la Guajira, y esta unión le facilitó, en mucho, la exploración de un amplio territorio. Algunos de estos viajes se llevaron a cabo de forma oficial cuando Brettes fue designado por el Ministerio de Instrucción Pública francés para participar en la Comisión Geográfica Exploradora del Magdalena,

que el gobierno colombiano habría organizado en 1892 con el fin de cubrir regiones que habían quedado inexploradas en las anteriores comisiones, la Corográfica ya mencionada y la Comisión Permanente en la que participó Jorge Isaacs (Restrepo 1984; Botero 2006).

Según Niño Vargas, Joseph Brettes se centró principalmente en recoger información relacionada con los recursos para la explotación agrícola y minera. Se interesó por la actividad comercial de la región, estudió la viabilidad de la construcción de un ferrocarril que uniera Riohacha con Tamalameque (De Brettes 1893, 88), idea que ya tenía consignada Elisée Reclus en su libro de viaje (Reclus 1861), así como las posibles formas para integrar la economía regional a los circuitos transatlánticos. Brettes recorrió el río Magdalena, llegando incluso a realizar la misma marcha que 400 años atrás realizara Jiménez de Quesada; alcanzó los sitios más alejados de la península de la guajira, y realizó varias incursiones a la serranía del Perijá, formación que Reclus llamó sierra Negra; y, como su predecesor, Brettes recorrió la región noroccidental de la Sierra Nevada estudiando la posibilidad de fundar colonias agrícolas en los valles (Niño 2015, 151). Además, llevó a cabo el registro de tres grandes asentamientos arqueológicos que dijo haber encontrado en el valle del río Buritaca (De Brettes 1898, 478-479).

Si bien, Joseph Brettes regresó varias veces a Colombia ya en el siglo XX, fueron los aproximadamente seis años, entre 1890-1896, durante los cuales tuvo oportunidad de realizar sus expediciones científicas en las regiones norte de Colombia y Venezuela, y cuando tuvo la oportunidad de poner en práctica una técnica de aproximación a las comunidades indígenas para realizar el registro sistemático de sus costumbres, tradiciones y cultura material, probablemente siguiendo los nuevos métodos que la etnografía francesa y europea proponían. Según Niño Vargas, en los escritos de Brettes “se entrevén signos inconfundibles de la progresiva independencia del género etnográfico respecto a otras formas de representación de la realidad como las crónicas y las relaciones geográficas” (Niño 2015, 161). Joseph Brettes pudo así contactar y analizar a buena parte de las sociedades indígenas del Departamento del Magdalena, los Guajiros, los Arhuacos de la Sierra Nevada o los Chimilas del Ariguaní, llegando a proponer la existencia de áreas culturalmente diferenciadas (Niño 2015, 154-155). Y aunque hasta ese momento muchos de los grupos con los cuales Brettes contactó se caracterizaban por su hermetismo, podríamos decir que el gran logro de este viajero, desde el punto de vista etnográfico, fue el contacto con las comunidades Chimilas, famosas por su carácter belicoso. Brettes realizó varios viajes por la Sierra Nevada de Santa Marta, llegando a instalar campamentos durante

largos períodos de tiempo, donde pudo realizar excavaciones y observaciones, estudiar las estructuras sociales, la cosmovisión y sus sistemas de producción, visitar lugares sagrados, siendo testigo de celebraciones religiosas, funerales, matrimonios, fiestas, ceremonias de curación, etc. Desde estos campamentos sistematizó el reconocimiento de las estribaciones más alejadas de la Sierra Nevada.

Sabemos que Brettes, valiéndose del trueque, pudo hacerse con una gran colección de piezas etnográficas, e incluso recopiló mucha información lingüística de diversas comunidades (De Brettes 1892, 263-280). Además, en compañía de otros exploradores franceses como Georges Sogler y Raymond Comte de Dalmas,¹⁰ realizó excavaciones de yacimientos arqueológicos en el litoral y en Sierra Nevada, de los cuales extrajeron un gran muestrario de objetos cerámicos, óseos, líticos, etc., que fueron enviados a diferentes museos de Chicago, Madrid y especialmente al Museo del Hombre, antes museo del Trocadero, en París (Niño 2017, 152). Por informes ofrecidos por el propio Brettes, en 1902 aún conservaba, en su colección personal, piezas cerámicas procedentes de estos yacimientos (Vallier 1902; Niño 2015, 1656).

Nuevamente, resultado de esta forma de entender la ciencia como acopio y posesión de materiales culturales procedentes de estas sociedades a las cuales se los extirpaba, se produjo la descontextualización de los mismos, y su desvinculación con el medio cultural que los produjo, y aunque los biógrafos de Brettes como Niño Vargas insisten en que los estudios de este viajero parecían ser parte de un proyecto mayor de conocimiento a fondo de las sociedades precolombinas y sus descendientes (Niño 2015, 151), vino a resultar un proyecto en el que los únicos beneficiados serían una reducida elite ilustrada europea y norteamericana que, por una cuestión relacionada con la moda por lo exótico y lo salvaje imperante en la época, visitaba en renombradas exposiciones en Europa y EEUU estas colecciones, deslumbrada con el rareza, singularidad y belleza de las creaciones de las desaparecidas culturas americanas. Las contemporáneas importaban mucho menos o casi nada.

¹⁰ Raymond Comte de Dalmas (1862-1930) ornitólogo y aracnólogo francés criado en Croacia, hijo de una familia noble, que, en compañía de otros exploradores, expedicionarios y científicos, realizó viajes por diversas regiones de América y del mundo, recolectando especímenes que fueron depositados en importantes museos como el museo de Múnich (Zoologische Staatssammlung) y el de Tring (Rothschild-Museum) (Broc 1992, 116-117).

1895 | El Sr. Francis Nicholas.

Francis C. Nicholas fue geólogo, ingeniero y explorador norteamericano, graduado en la Academia de Ciencias de Maryland. A finales del siglo XIX y principios de XX realizó exploraciones por Centro y Suramérica, y organizó varias expediciones en las provincias de Santa Marta y la Guajira entre 1895 y 1901 que les permitieron conocer bien el macizo montañoso, las comunidades indígenas que lo habitaban e identificar algunos de los yacimientos arqueológicos de la región (Nicholas 1903).

Con Francis Nicholas comenzamos el inventario de un grupo de expedicionarios norteamericanos que llegaron a Colombia en las primeras décadas del siglo XX, y que estaban aparentemente relacionados con las grandes compañías que tenían o querían instalar sus explotaciones en la región, a las que se unieron inseparablemente los intereses de diversas instituciones culturales y gubernamentales de los Estados Unidos. Algunos hasta estuvieron vinculados con el espionaje norteamericano en el Caribe y en América Latina. Los hubo que solo estuvieron de paso en la provincia de Santa Marta, pero muchos se establecieron en la región durante años, y hasta fundaron sus propias explotaciones y negocios. Este último fue el caso de Nicholas, que pasó varios años en la provincia de Santa Marta donde fue contratista para diversas compañías e instituciones, y además actuó como fideicomisario de grandes porciones de tierra en la Sierra y en el litoral, que eran propiedad de estadounidenses. Durante su estancia en la región llevó a cabo diversas expediciones, visitó las comunidades indígenas del valle de San Miguel y llegó hasta las cumbres nevadas (Nicholas 1901, 606-649).

Por informes de otros viajeros que vinieron después de él, Nicholas habría realizado excavaciones en yacimientos arqueológicos en terrenos pertenecientes a la hacienda San Pedro Alejandrino, famosa por haber sido el lugar donde murió Simón Bolívar, donde habría desenterrado gran cantidad de tumbas, muchas de las cuales estaban intactas, lo que significa que urnas, ajuares y restos humanos harían parte del expolio porque Nicholas se los llevó. Según Alden Mason, un arqueólogo que luego trabajó en la misma zona y del que daremos más información, gran parte de los objetos extraídos por Nicholas fueron vendidos al Carnegie Museum de Pittsburgh. Mason, en el prólogo de su trabajo *Archaeology of Santa Marta*, agradece a Nicholas que accediera de buen grado darle a su expedición “el derecho a realizar excavaciones en los terrenos controlados por él, entre Santa Marta y Rio Hacha” (Mason 1931, 13), reconociendo la propiedad privada de terrenos en el litoral, que de otra manera no habría podido explorar ni excavar. Francis Nicholas, además, fue el abuelo del ornitólogo Melbourne Armstrong

Carriker quién fijó su residencia en la Sierra Nevada durante años y sobre el que hablaremos más adelante.

1913 | Konrad Theodor Preuss (1869-1938)

Konrad Theodor Preuss fue un explorador y etnógrafo alemán, director del Museo Etnológico de Berlín en el período 1920-1934 y miembro de importantes sociedades científicas, y posteriormente profesor en la universidad berlinesa (Reyes 2018). Por sus actividades en México y Colombia, es un prototipo del investigador centroeuropeo sobre las culturas americanas en estos años, y del acopiador de materiales, casi a cualquier precio y por cualquier modo, con destino a los museos.

Konrad fue un aplicado estudiante de lenguas antiguas de la universidad de Königsberg, y a finales del siglo se mudó a Berlín para seguir estudiando geografía y llevar a cabo su investigación de tesis doctoral sobre la función del mito en las sociedades amerindias. En 1895 ya estaba vinculado, en calidad de asistente, en el Museo de Etnología de Berlín como alumno de Eduard Seler. Preuss pronto descubrió las limitaciones de las fuentes europeas, y siguiendo la filosofía de Bastian de que “el objeto era parte de la expresión mental de los pueblos” (Preuss 1897, 74-120), se convenció de la importancia de la participación científica en el proceso de colección.

Valiéndose de diversos estudios y descripciones del yacimiento arqueológico de San Agustín, como el inventario que realizó años antes Karl Theodor Stöpel, por petición del Museo de Berlín, y de grabados y descripciones más antiguas, como los realizados por Codazzi más de medio siglo antes, a la edad de 44 años, Konrad, con el apoyo del Museo, emprendió una expedición al interior colombiano (Lehmann 1938, 145–150). Además, Preuss recibió asesorías del ya citado Friedrich Wilhelm Sievers, quien lo aleccionó sobre los métodos de exploración de la Sierra Nevada de Santa Marta, sobre sus comunidades indígenas y otras cuestiones técnicas (Reyes 2018). La expedición pasará a la historia como la mayor campaña de expolio de un yacimiento arqueológico colombiano registrado en fotografías, dada la escala de los objetos robados. Una expedición que, como veremos, se postergó durante mucho más tiempo de lo deseado, pero que no por eso dejó de ser menos agresiva.

Preuss arribó a Barranquilla en 1913 y se dirigió a Bogotá, donde se entrevistó con científicos, coleccionistas y directores de museos entre los que estaba Ernesto Restrepo Tirado, director del Museo Nacional. Todos lo recibieron cordialmente y organizaron para él diversas excursiones a sitios arqueológicos de Santander y Cundinamarca. Ya en Tierra Adentro, Preuss

llevó a cabo una intensa campaña de excavación durante casi cuatro meses en los yacimientos asociados a San Agustín, al final de los cuales se preparó un primer cargamento con cerámica, objetos líticos, estatuas de gran tamaño, más moldes y un sinnúmero de rollos fotográficos (Silva 2016), para ser enviados a Berlín. Poco tiempo después encontramos a Preuss camino del Caquetá y del Cauca, donde recogió más muestras arqueológicas y antropológicas;¹¹ y en Nariño, donde también llevó a cabo excavaciones y pudo obtener una colección de piezas (Silva 2016). El propósito de Konrad era, probablemente, terminar con algunas exploraciones en el norte del país mientras organizaba su regreso a Alemania, y la Sierra Nevada de Santa Marta resultaba el broche de oro para terminar esta expedición de acopio masivo de materiales.

En diciembre de 1914 Preuss comenzó la exploración en la Sierra, su objetivo eran alcanzar las comunidades de la vertiente norte y llevar a cabo el registro de algunos yacimientos conocidos. A estas alturas y debido al estallido de la guerra mundial, se había hecho impracticable el regreso hacia Europa con los materiales, perdiéndose el carácter urgente que había tenido hasta el momento la expedición. Ello permitió que Konrad destinara más tiempo del previsto a sus excavaciones en la provincia del Magdalena. Según Aura Reyes, el inicio de la expedición en Santa Marta fue muy accidentado ya que, conocido lo que había realizado en el interior, Preuss fue recibido con gran desconfianza y hasta con sospechas: “Doce días después de mi llegada había perdido toda esperanza de poder trabajar aquí, y lo único que quería hacer, antes de partir hacia Palomino, era visitar los templos (cansamarias de Takina y Makotama)” (Preuss 1993, 36). Con el mismo guía que lo acompañó en el sur del país, el alemán visitó los pueblos de Palomino, Pueblo Viejo y San Miguel, y solo en el primero y con la ayuda de un intérprete, Trinidad Noivita, pudo llevar a cabo entrevistas, recogiendo y transcribiendo cerca de cien cantos y treinta relatos.¹²

Los resultados de su expedición a la Sierra Nevada quedaron plasmados en la *Visita a los indígenas Kagaba...* (Preuss 1926) que escribió en 1915 y se

¹¹ Insatisfecho porque no había conseguido recopilar datos sobre mitología de la región, Preuss permaneció durante dos meses y medio entre comunidades carijonas, uitotos, coreguajes y tamas, del Cauca y del Caquetá, recogiendo, con la ayuda de un fonógrafo y de intérpretes, cantos, relatos y mitos. Recopiló 80 cantos y 24 relatos, y aunque obtuvo varias piezas etnográficas no pudo hacerse con otros objetos que usaban los indígenas en sus danzas, ni sus máscaras (Reyes 2018).

¹² Trinidad Noivita fue un indígena educado en el seminario de Santa Marta y que sirvió como intérprete e intermediario para varios viajeros extranjeros, entre ellos Joseph Brettes y Wilhelm Sievers (Reyes 2018).

publicó en alemán varios años después, solo traducido al castellano en 1993, en el cual se quejaba de la poca fiabilidad de la información proporcionada por lo indígenas: “Muchas veces discutí con los indígenas mi supuesta visita [al templo de] Makotama con la ayuda de fotografías. Todos sabían que era una equivocación, pero nadie me aclaró jamás que había estado en el sitio que no era. Este comportamiento es muy kágaba. Por lo demás, se dice que Makotama queda muy cerca del sitio donde yo estuve” (Preuss 1993, 37).

Ya sin recursos, y ante la imposibilidad de conseguir un transporte que lo llevara a Europa con tan valioso cargamento, Konrad terminó por refugiarse en el pueblo de La Esperanza, una pequeña localidad cerca de la línea del ferrocarril entre Bogotá y Girardot, hasta el final de la guerra. Según Silva Vargas, sería en este pueblo donde probablemente estuvieron almacenados los materiales, artefactos y estatuas de San Agustín hasta que pudieron ser enviados a Puerto Colombia, para ser por fin embarcados hacia Berlín (Silva 2016).

Las primeras alarmas sobre el volumen del expolio extraído de San Agustín saltaron en septiembre de 1915, cuando José María Burbano, corregidor de este pueblo, denunció ante el director del Museo Nacional, Restrepo Tirado, que Preuss se había llevado varias figuras de la Hacienda Laboyos e Isnos (Lleras 2013, 431-449). Estas denuncias no surtieron ningún efecto. Konrad pudo regresar a Berlín a finales de 1919, llevándose parte de la valiosa carga. El resto de la colección sería enviada dos años después. En total habrían sido cerca de 70 cajas con los objetos extraídos en San Agustín, pero también de la Sierra Nevada, de Nariño, Cauca y del Caquetá. En 1923, Preuss, ya como director del Museo Etnológico de Berlín, expuso por primera vez al público las estatuas de San Agustín. La exposición tuvo tanto éxito que el propio Preuss anotó que era “comparable con el de las exhibiciones sobre el antiguo Egipto” (Preuss 1929).

Hasta finales del pasado siglo no se sabía a ciencia cierta cuantas figuras se encontraban en el Museo alemán hasta que, en carta del profesor Hermann Parzinger, presidente de la Fundación de Herencia Prusiana, entidad que administra el Museo Etnológico de Berlín, en respuesta a una petición de un grupo encabezado por el ya citado David Dellenback que pedía la devolución de las piezas extraídas en 1914, confirmara que tenía en su inventario 21 piezas de San Agustín, entre otros 237 elementos de la región como vasijas, adornos, piedras, lajas, trozos de esculturas y fragmentos de utensilios. Varias de las figuras talladas, como aparece en el libro de Preuss y se puede verificar por la ficha técnica en el museo, “no son pequeños adornos para una mesa de sala, sino obras de considerable peso y tamaño”

(Silva 2016). Según Vicente Silva, al menos 14 de las estatuas proceden de excavaciones que Preuss realizó en el departamento de Nariño (Silva 2016).

Sabemos que entre los objetos conservados en el museo hay dos máscaras procedentes de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre otras piezas que estaban relacionadas con las prácticas de fiestas y bailes rituales. Las máscaras las adquirió de manera ilícita a través de una persona que las obtuvo aprovechando el enfrentamiento entre dos mamás de la región, quien se las vendió a Preuss (Preuss 1926). La misma comunidad científica alemana reconoce que “Preuss adquirió en circunstancias bastante cuestionables [...] dos máscaras Kágaba, la máscara Mama Uakai (Máscara del Sol) y la máscara Mama Nuikukui Uakai o Malkutše (Gran Máscara del Sol)”.¹³ Las dos han podido ser datadas a mediados del siglo XV”, según el artículo de la investigadora alemana Manuela Fischer. Su análisis señaló las fechas de 1440 y 1470 d.n.e., demostración que eran prehispánicas, extraídas del seno de las comunidades indígenas y completamente descontextualizadas ahora en Berlín, como unas piezas más en un tan inmenso como frío catálogo (Fischer).

Curiosamente y años atrás, Preuss se abstuvo de extraer artefactos arqueológicos de México, que para entonces ya contaba con legislación al respecto de la protección del patrimonio. Y aunque en Colombia desde 1907 ya existía una normativa al respecto, aunque bastante tímida, lo sucedido con estas extracciones ilegales llevadas a cabo por Konrad Theodor Preuss, originaría que en 1918 el Congreso de Colombia aprobara la ley 48 sobre patrimonio, bellas artes y archivos, que fueron ratificadas en la ley 119 de 1919 y 47 de 1920. Ello nos lleva a preguntarnos que si los objetos extraídos de sus yacimientos en Cauca, Nariño y Magdalena estuvieron consignados en almacenes en La Esperanza, algunos probablemente hasta 1922, ¿por qué no se evitó la salida irregular de este patrimonio? La normativa, obviamente, no se aplicaba y, como veremos enseguida, otros viajeros que sucedieron a Preuss en expediciones de saqueo, demostraron una vez más el poco valor que las instituciones colombianas daban a la historia y cultura de sus pueblos, y la falta de escrúpulos de funcionarios y comerciantes que miraban hacia otro lado cuando estas cosas sucedían, si no se beneficiaban del expolio.

Según datos oficiales, la colección del Museo de Berlín alcanzó a principios del siglo XX “122 objetos cerámicos y 16 de orfebrería” (Botero 2006,

¹³ Deutsche Digitale Bibliothek, <https://ausstellungen.deutsche-digitale-bibliothek.de/preuss/exhibits/show/kolumbien-preuss/publikationen>.

143), entre los que se encuentran muchas piezas procedentes de la Sierra Nevada, que habrían sido vendidos al museo por el explorador Wilhelm Sievers¹⁴ y el comerciante C. Janszen. Piezas de las que se decía constituían las evidencias más tempranas “registradas en los museos europeos y colombianos [...] sobre objetos tairona” (Botero 2006, 158). A partir de la creación de la sección de América en el Museo de Berlín en 1904, que dirigía Eduard Seler,¹⁵ la adquisición de objetos se volvió mucho más selectiva, y en la primera década del siglo fueron adquiridos artefactos de incalculable valor, exquisita calidad y acabado, piezas todas muy llamativas para el público europeo.

1914 | Gustaf Bolinder (1888-1957)

Fue un etnógrafo de la Universidad de Gotemburgo, Suecia. Pasó parte de su juventud en Marruecos donde se despertó su interés por viajar y conocer otras culturas (Uribe 1987, 3-9). La mayor parte de sus expediciones se llevaron a cabo en Suramérica, aunque también pasó varios años viajando por Europa, el Mediterráneo y el África occidental y subsahariana.

Bolinder y su esposa Ester desembarcaron en el puerto de Santa Marta en 1914, con el propósito de conseguir, para el Museo Etnográfico de Gotemburgo, materiales arqueológicos y etnográficos de las zonas del litoral y las estribaciones montañosas. Poco tiempo después estallaría la primera guerra mundial y, como le sucedió a Preuss, el matrimonio Bolinder se vio obligado a posponer su regreso a Europa con lo que su expedición se alargó por algo más de dos años. Durante este tiempo la familia creció con el nacimiento de una hija, tuvieron la posibilidad de instalarse con varias comunidades indígenas de la región sur de la sierra, entre ellas San Sebastián de Rábago (Nabusímaque) y explorar buena parte de la zona. Gustaf, ya sin la familia, volvió a Santa Marta entre 1920 y 1921 para terminar sus estudios y, de paso, recoger más piezas y ampliar la colección del Museo. Pasó varios años más viajando por Sudamérica entre 1935 y 1942, y realizó una estancia de un año en Bogotá, para dar clases en una universidad.

Sus expediciones en el norte de Colombia abarcaron gran parte de la provincia del Magdalena, la península de la Guajira hasta el lago Maracaibo,

¹⁴ “Wilhelm Sievers a Adolf Bastian”, Hamburgo, 1 de noviembre de 1886. América, n. 299/86. Colecciones Etnológicas, v.10, agosto 1885 - diciembre 1887. Archivos del Museo Etnográfico, Berlín.

¹⁵ Eduard Seler pasó varios años visitando sitios arqueológicos en México, allí pudo adquirir una serie de objetos con gran valor arqueológico y etnográfico, que luego fueron entregados al Museo Etnográfico de Berlín.

las estribaciones del río Magdalena y el Ariguaní, la Sierra Nevada de Santa Marta y la serranía del Perijá. Sus primeros trabajos de campo consistieron en excavaciones en las faldas y el litoral adyacente de la Sierra Nevada, de donde extrajeron un gran número de artefactos (Bolinder 1942; Bolinder 1925). Realizó expediciones y visitas a diversas comunidades Chimila, Ika, Kankuamo, Arhuaco, Kogi, Wayu, entre otras, y en todas fue acopiando de la mayor cantidad de objetos que pudo. El mismo Bolinder comenta que los Chimila del alto Ariguaní fueron una importante fuente de información y de objetos, y que de todos sus encuentros obtenía, a cambio de espejos, cuchillos, collares y telas de colores, una serie de prendas de vestir, bancos de madera, utensilios de cestería, herramientas domésticas y armas (Bolinder 1916, 233-235; Bolinder 1921, 204-205). Bolinder, que sufrió la reticencia de guías y cargadores de acompañarlo en busca de los Chimila, comenta que en su primer viaje en 1915 fue cordialmente recibido, y los trueques fueron aceptados con agrado, mientras que en 1920 la amabilidad había desaparecido, los indígenas ni siquiera compartieron sus alimentos con la expedición y un día después de su llegada fueron “escortados” fuera de sus tierras.¹⁶

Las visitas a las comunidades, las anotaciones y registros fotográficos, y una valiosa serie de objetos etnográficos y arqueológicos, fueron una importante fuente de información que marcó el trabajo de toda la carrera como investigador de Bolinder; estudios que fueron publicados desde 1916 y hasta el año de su muerte, en 1957 (Niño 2010, 52). Invirtió su mayor esfuerzo en estudiar los indígenas Chimila (Bolinder 1924, 207; Bolinder 1987, 10-27), trabajos que son considerados aún hoy como los más rigurosos sobre dicha comunidad indígena, de inicios del siglo XX. Tras sus expediciones en América y en África, Bolinder pasó el resto de su vida escribiendo textos científicos sobre sus trabajos de campo, excavaciones y estudios, y de sus experiencias salieron también muchas historias que fueron convertidas en cuentos para niños y jóvenes (Bolinder 1929; Bolinder 1927).

1906-1916 | Marshall H. Saville (1867-1935)

Fue un antropólogo formado en la universidad de Harvard y profesor de la Universidad de Columbia. Trabajó con el Yale Peabody Museum de

¹⁶ Esta expedición está recogida en el documental noruego *Entre los indígenas de la selva de Sudamérica*, en 88 minutos, en blanco y negro, mudo y subtulado, que recoge los contactos de Bolinder con diversas comunidades indígenas de la Guajira, de la Sierra Nevada de Santa Marta y del Cesar, algunas de las cuales estaban en peligro de extinción. Los censores eliminaron el siguiente texto del subtítulo: “El hombre se alegra de los dones de la naturaleza aquí abajo. Ya tienen suficientes plagas de la tierra si no se les prohíbe hacerlo”, y también se cortó el texto y las imágenes de los niños blancos de la expedición (Gladvedt 1920-1921).

Connecticut, y fue director del Museo del Indio Americano de la Fundación Heye en Nueva York. Desde 1890 Saville participó en proyectos arqueológicos en México y Centroamérica, patrocinados por el American Museum of Natural History, y le dedicaría 10 años de su vida, entre 1906-1916, a las expediciones en Suramérica con el patrocinio del Museo del American Indian Heye-Fundation. Llevó a cabo excavaciones en Ecuador y Colombia. Saville fue un viejo conocido y compañero del ya mencionado Franz Boas en la Universidad de Columbia (Gamio 1948). Boas dirigía trabajos y proyectos en Centro América y el Caribe, que amparaban y servían, aparte el trabajo académico y científico, como plataformas para el espionaje y la información sensible para el gobierno norteamericano en la región (Browman, 2011). Y aunque Saville merece un trabajo más detallado, por el papel que tuvo como maestro de otros jóvenes científicos, y probablemente también “informantes”, si no espías, como Gregory Mason, que llevaron a cabo importantes exploraciones en Santa Marta y en la Sierra Nevada, no hemos podido acceder a información que confirme su participación directa en excavaciones u otros trabajos en comunidades indígenas en el norte de Colombia, aunque Clara Botero en *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia* (Botero 2006, cap. 4), menciona que Saville fue un importante agente que podía conseguir piezas antiguas para instituciones públicas y privadas de los Estados Unidos y de Europa.

1920 | Melbourne Armstrong Carriker (1879-1965)

Ornitólogo y entomólogo norteamericano, formado en la Academia Natural de Ciencias ornitológicas de Philadelphia (Mason 1931, 123), llevó a cabo estudios en Costa Rica, Trinidad, Venezuela, Curazao, Perú, Bolivia, y Colombia, y aprovechó sus viajes para coleccionar los más exóticos especímenes, que terminaron haciendo parte de las colecciones de las principales instituciones de los Estados Unidos en esta materia. En sus primeros años trabajó para el Museum of Natural History, y para el Carnegie Museum. Posteriormente estuvo vinculado con la Academy of Natural Sciences de Philadelphia (Mason 1931, 15) y con el National Museum de los Estados Unidos. También vendió especímenes al Peabody Museum, al Field Museum of Natural History, a la Smithsonian Institution y, en los Ángeles, al County Museum (Carriker 2000).

Carriker se estableció en la provincia de Santa Marta en 1909 y se convirtió en uno de los grandes especialistas en las aves de la región. Contrajo matrimonio con Myrtle Carmelita Flye, hija de un ingeniero norteamericano que trabajaba para el sistema de red eléctrica de la ciudad de Santa

Marta. La pareja era propietaria de la hacienda Vista Nieves, que se encontraba al lado de la plantación que pertenecía a la familia Fly, en la serranía de San Lorenzo. Ambas eran exitosas haciendas cafetaleras, y habían sido levantadas sobre yacimientos antiguos: según nos cuenta Alden Mason, la casa principal de Vista Nieves estaba construida sobre terrazas arqueológicas (Mason 1931, 16). Pero además de su trabajo en la hacienda, Carriker realizó numerosas expediciones a lo largo y ancho del país, recorrió los principales valles de la Sierra Nevada, viajó el Magdalena y el Atrato, recorrió Santander, Casanare, el Chocó, llegó a la serranía del Cocui y visitó cientos de pueblos y comunidades. Durante más de 15 años Vista Nieves fue su centro de operaciones. Todas las expediciones fueron aprovechadas para recolectar especímenes y rescatar objetos arqueológicos, según la información que no da el mismo Carriker. Las aves eran vendidas al museo Carnegie por 5 dólares cada una.¹⁷

La familia Carriker regresó a los Estados Unidos aceptando un ofrecimiento de la Academy of Natural Sciences, de la que fue uno de sus responsables entre 1929 y 1938, período durante el cual llevó a cabo campañas en otros países suramericanos. En 1941 Carriker se instaló en la ciudad de Popayán, donde contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con Felisa Quintano Roper. Siguió recolectando especímenes para diversas instituciones, y en calidad de investigador asociado del Museo Nacional de Estados Unidos, y vinculado con el Museo de Historia Natural de la Universidad del Cauca, continuó dedicándose principalmente a los estudios entomológicos (Carriker 2000).

1921 | John Alden Mason

John Alden Mason (1885-1937) fue un antropólogo y lingüista norteamericano, nacido en el barrio alemán de la ciudad de Pensilvania. Realizó sus estudios doctorales en la Universidad de Berkeley. Está considerado el precursor de la arqueología moderna en Colombia ya que fue el primero en poner en práctica un método sistemático de recolección de objetos y descripción de contexto en las excavaciones. Mason dijo haberse visto atraído por la región de Santa Marta al entender que era una de las grandes áreas culturales americanas de la cual no se sabía prácticamente nada. Señalaba que hasta su llegada a Santa Marta habían pasado por allí arqueólogos sin ningún entrenamiento, que habían realizado excavaciones indiscriminadamente,

¹⁷ “Smithsonian Institution Archives, “Record Unit 7297. Carriker, Melbourne Armstrong, 1879-1965”, 4 de septiembre de 2021, https://siarchives.si.edu/collections/siris_arc_217454.

pero que gracias a ellos se habían conformados las primeras colecciones en el Museum of Natural History de Nueva York y el Carnegie Museum de Pittsburgh, que Mason pudo estudiar en 1922 y que, según sus propias palabras, “indicaban un muy alto nivel cultural, en ningún caso inferior al de las culturas del interior” (Mason 1931, 11).

Fue el Field Museum of Natural History, de Chicago, institución con la que estaba vinculado laboralmente, quien financió la expedición de Mason a la provincia de Santa Marta; pero, al mismo tiempo tenía otro empleador, según nos cuentan Charles Harris y Louis Sadler, en su *The Archaeologist was a spy*. John Alden Mason hacía parte de un grupo de espías e informantes para el gobierno estadounidense cuya “tapadera” eran las expediciones en búsqueda de los yacimientos arqueológicos. Según estos autores, la Oficina de Inteligencia Naval de los Estados Unidos (Harris 2003; Londoño 2020), que actuaba desde hacía décadas en la región del Caribe y Centro América, tenía como estrategia infiltrar científicos y técnicos con la misión de ampliar sus redes de aliados en la región. Redes que venían siendo tejidas y animadas por otros agentes, funcionarios consulares, diplomáticos y empleados de las diferentes compañías norteamericanas que estaban instaladas ya en la región, entre las que se encontraba la United Fruit Company.

Según el profesor Wilhem Londoño, Mason, cuyo nombre clave era agente 157 (Londoño 2020), que recibía órdenes directas de Josephus Daniels, secretario de la Marina de los Estados Unidos, había sido enviado antes a México, en 1917, junto con William Mechling antropólogo de Harvard, para trabajar a las órdenes de Sylvanus Morley,¹⁸ y Franz Boas; este último es mencionado en el prólogo de su informe *Archaeology of Santa Marta Colombia* (Mason 1931) por la colaboración que de él recibió. Mason habría sido “comisionado para ir a Veracruz con la intención de documentar y sabotear las misiones alemanas en esa región” (Browman y Williams 2013, 345), y aunque algunos informes dicen que la misión fue un fracaso, y que esto ocasionó el final de su carrera como espía, su nuevo viaje financiado y preparado desde adentro del establishment, esta vez a la costa colombiana, deja dudas al respecto.

La tapadera perfecta para su misión en la provincia de Santa Marta sería el trabajo de campo para el desarrollo de su tesis doctoral. Una provincia donde, como hemos mencionado, había una importante presencia de compañías europeas que llevaban a cabo sus emprendimientos en la región.

¹⁸ Sylvanus Morley junto a otros científicos como Herbert Joseph Spinden, sirvieron a la inteligencia de los EEUU, en México y Centro América (Browman 2011).

La misión de Mason sería observar y comunicar los movimientos de estas colonias de técnicos extranjeros. Entre las compañías europeas más importantes que actuaban en la región estaban la recién creada sociedad colombo-alemana de aviación SCADTA, que despertaba gran sospecha ya que entre sus fundadores la mayoría eran alemanes recién llegados. Con sede en Barranquilla la SCADTA utilizaba hidroaviones Junkers capaces de acuatizar en el río Magdalena,¹⁹ y que constituía una fuerte competencia en la región para la compañía norteamericana Pan American Airways. Por su parte, el principal negocio de la provincia de Santa Marta, como era la producción de plátano, que estaba en manos de compañías norteamericanas, tenía su contrapunto en la compañía inglesa Santa Marta Railway, principal medio de transporte de la fruta producida en la zona bananera desde 1890.

La United Fruit Company proporcionó apoyo logístico y de seguridad para que Mason llevara a cabo su misión. Se embarcó en Nueva Orleans hacia Panamá en el *Heredia*, un vapor de la United Fruit Company, y allí se entrevistó con autoridades, en sus propias palabras, “para el caso de que fuera preciso algún trabajo en la República de Panamá” (Mason 1931, 13). También realizó algunos reconocimientos en la región. En otro buque de la misma Compañía viajó con destino de Cartagena, y luego de pasar por Puerto Colombia y Barranquilla, llegó a Santa Marta en abril de 1922.

Fiel servidor, Mason no desaprovechó oportunidad para reconocer el desarrollo que la compañía había llevado a la región: “La ciudad se había sumido en un somnífero letargo hasta hace una década o más, cuando la United Fruit Company descubrió el valor de la fértil zona vecina” (Mason 1931, 15). Funcionarios y agentes norteamericanos le brindaron una calurosa bienvenida; anfitriones, que decía Mason, le facilitaban y hacían muy placentera la estadía en la ciudad, a los cuales les agradeció en el prólogo de su trabajo: “especial gratitud es expresada a Mr. William A. Trout, quien ofreció la hospitalidad de su encantadora casa y nunca estuvo demasiado ocupado para ayudar; al Sr. y a la Sra. O. L. Flye y a su gran familia... al Sr. y la Sra. M. A. Carriker²⁰ [...]; a los señores Dozwell, Hatch, Bremner y Crawford y sus familias y muchos otros de la United Fruit Company, así como a la propia empresa; a Mr. Manuel Chediak, comerciante local y anticuario [huaquero ilustrado y reconocido, podría haber precisado], quien me dio mi primera introducción sobre la arqueología de la región; a Mr. C. F.

¹⁹ Sociedad Colombo Alemana de Transportes Aéreos fue el inicio de la Actual Avianca. Escobar Corradine, Jaime. “100 años de Avianca: La historia de SCADTA” (*Volavi* 2019).

²⁰ El señor A. Carriker era nieto de Francis C. Nicholas.

Deeter, ex cónsul y Mrs. Leroy Sawyer, y el ex cónsul Charles H. Derry; a Mr. Eduardo Bermúdez; a la gente hospitalaria de la Santa Marta Railway” (Mason 1931)²¹.

Fueron las indicaciones de F. C. Nicholas, quien puso a Mason sobre la pista de importantes yacimientos, entre Santa Marta y Río Hacha. Pero llama la atención que hubiera sido el señor Manuel Chediak, un comerciante sirio que se dedicaba al comercio de antigüedades, quien introdujera al arqueólogo sobre cuáles eran los principales lugares para excavar en las villas de “Mamatoco, Bonda y Taganga” (Mason 1931, 15). Era evidente que la “huaquería ilustrada” vivía una época de esplendor. Además, entre los trabajos de reconocimiento en la Sierra, en el valle del Toribio, Mason exploró las haciendas Cincinati y Vista Nieves, pertenecientes a los señores O. L. Flye y al matrimonio Carriker respectivamente (Mason 1931, 16), antes mencionados, y en ambas haciendas había evidencias de ocupación prehispánica: “Era evidente por doquier, en la forma de caminos de piedra pavimentados, casas con muros de contención, cantidades de tiestos y cabezas de hachas” (Mason 1931, 16). El trabajo arqueológico en las haciendas no fue tan exhaustivo como lo sería en la costa, donde Mason haría sus principales hallazgos.

Las expediciones en el litoral comenzaron en mayo y se extendieron hasta el mes de enero de 1923. Mason llevó a cabo excavaciones en yacimientos de Taganga, Punta Aguja, Gairaca, Cinto, Guachaquita, San Juan de Guía, Cañaveral, Río Piedras, Palmarito, San Juan de Guía y Nahuange; y en este último sitio excavó una “tumba revestida de piedra encontrada en todo el viaje, proporcionando cantidades de cuentas, algunos adornos de oro, nefrita y otros adornos de piedra, y los únicos especímenes de cerámica pintada obtenida por la expedición [...] excelentes trabajos de conchas talladas, cuentas y cerámica [...]” (Mason 1931, 20). Además, extrajo diversos objetos cerámicos en Bongá y Dibulla. La expedición de la cara este de la Sierra incluyó algunos de los valles que se pronuncian hacia la ciénaga, la zona alta del río Manzanares, Bonda y su entorno, sobre la cual anotó Mason que “Todos los sitios conocidos han sido saqueados, y la búsqueda debe hacerse en los bosques profundos”. En el sitio Terán, cerca del nacimiento del río Manzanares, Mason encontró un importante yacimiento que mostraba algunas de las evidencias arquitectónicas más complejas que habían

²¹ La Santa Marta Railroad, era una empresa británica que existía casi exclusivamente para la extracción del plátano desde las plantaciones hasta el puerto, la mayor parte de los funcionarios eran ingleses.

visto en su exploración.²² La expedición a las cumbres de la Sierra Nevada fue aprovechada para visitar comunidades indígenas de la cara oriental y la cara norte del macizo, donde Mason tuvo oportunidad de obtener una colección de objetos antropológicos.

El primer intento de exportar los objetos extraídos de yacimientos y obtenidos de las comunidades fue obstaculizado por la aduana de la ciudad de Santa Marta, hasta que fueran presentados todos los permisos, que debían ser aprobados por el “Gobierno Central”. Los trámites duraron varios meses y en abril la Academia Nacional de Historia de Colombia informaba a Mason en correo oficial que había sido denegado el permiso de salida del país de dicha colección. “Esperé en Santa Marta hasta el 10 de julio, tratando de obtener alguna acción oficial en cuanto a la disposición de la prohibición”, escribió Mason. “Luego regresé a Chicago, dejando la colección almacenada en Santa Marta. Sin embargo, poco tiempo después de mi regreso, el ministro de Instrucción Pública colombiano anuló la decisión de La Academia y decretó que la colección podía ser exportada” (Mason 1931, 22), como se hizo días más tarde.

Aunque Mason recoge en sus publicaciones un gran número de objetos embarcados, es posible que no fuese el total de la colección recogida en Santa Marta. Lo cierto es que fueron necesarias varias semanas para culminar el proceso de embalaje de todos los objetos, algunos muy grandes con tinajas funerarias, e incluso el mismo Mason dice que le costó mucho trabajo encontrar las cajas para empaquetar todo de forma segura. El primer destino de esta colección habría sido el Field Museum of Natural History, de Chicago, pero sabemos que algunos de estos objetos fueron adquiridos en 1932 por el Museum of the American Indian (Heye Foundation) y por la University Museum of Philadelphia. Hoy no sabemos dónde se encuentran todas estas piezas.

1931 | Gregory Mason

Probablemente sería Gregory Mason quien sucedería a John Alden en Santa Marta en la misión de “espionaje” e información. Gregory fue antropólogo, explorador y arqueólogo norteamericano, y estuvo varios años realizando trabajos en Centro América. Llegó a Colombia a principio de la década de los 30´s y realizó exploraciones en Santa Marta en 1931, y posteriormente en 1936, con el propósito de finalizar la recolección de datos para su tesis

²² Pueden consultarse en detalle lo que Mason obtuvo en la campaña de Santa Marta, en sus trabajos (Mason 1931; Mason 1936; Mason 1939).

doctoral (Mason 1938). Trabajó bajo la dirección de Marshall H. Saville, que como mencionamos antes estaba íntimamente relacionado con el espionaje norteamericano. Gregory, igual que Alden Mason, recibió ayuda de la comunidad norteamericana afincada en el norte de Colombia, entre ellos los funcionarios de la United Fruit Company y más particularmente uno de sus superintendentes George Bennett (Striffler 2003, 119, 126), que venía de una misión en Honduras (Beaulac 1980, 64; Londoño 2020).

Por recomendación de Saville, Mason, que visitó varias comunidades indígenas en la provincia de Santa Marta, fijó su objetivo en el estudio de los indígenas Kagaba (Mason 1938, VIII). En colaboración con Miguel Nolavita,²³ guía, traductor e informante, Gregory exploró los yacimientos arqueológicos del litoral y llevó a cabo varias excavaciones en la región, descubrió el sitio que denominó Tairo y que al parecer Alden no había encontrado, sobre el cual anotó que tenía la misma estructura que los del “área Tairona en las pendientes más bajas de las mismas montañas”. Además encontró y excavó dos cementerios que aportaron gran cantidad de materiales, urnas y objetos que hacían parte de los ajuares funerarios. Su tesis doctoral, *The Culture of the Taironas*, sustentada en 1938, representa un importante catálogo sobre cultura material en el área, y en ella describe detenidamente uno a uno los yacimientos, demostrando una especial preocupación por los ajuares funerarios, que él mismo extrajo, utilizando como referencia comparativa los resultados de Alden Mason.

Gregori era bien conocido por ser un gran promotor de los intereses de los Estados Unidos en el exterior, y en 1923 publicó un artículo en que exhortaba a abandonar las ansias de coleccionar objetos de las culturas clásicas mediterráneas cuando había grandes tesoros en América Central y del Sur a las que llamaba “el Egipto propio” (Mason 1923, 43). Y en el capítulo IV de su trabajo *Kagaba traditions of the Taironas*, anotó que, aunque encontraba similitudes en la cultura material de los Tairona y los Kagaba, las diferencias entre uno y otro pueblo demostraban que en la región no había pueblos emparentados con dicha cultura superior y desaparecida. Gregory decía haber llevado con él, en sus visitas a las comunidades serranas, una muestra de los objetos más importantes que había desenterrado en las excavaciones “con el fin de obtener una interpretación de los Kagaba-Arhuaco,

²³ Mason habla de Miguel Nolavita como un Mama que habría servido de informante de Preuss y de Alden Mason (Mason 1938, 162). Y probablemente se refiere al mismo Trinidad Nolavita, que menciona Aura Reyes, que habría sido intérprete e intermediario de Brettes y Sievers (Reyes 2018).

de estas piezas” (Mason 1938, 155), y pudo concluir que no se mostraban identificados con ellas.

En 1931, el escritor (como se refiere Gregory a sí mismo) fue instruido por el Museo de la Universidad de Philadelphia, y el Museum of the American Indian (Heye Foundation) de Nueva York, para tratar de conseguir, por encima de todo, una de las máscaras ceremoniales de madera que, era bien sabido custodiaban los mamás Kagaba (Mason 1938, 171). Gregory se sorprendió gratamente cuando en una representación de un baile ceremonial, preparado especialmente para él en el pueblo de San Miguel, el asistente del mamá usaba una máscara de madera: “La máscara le daba el poder de un dios de curar la enfermedad, detener inundaciones y prevenir deslizamientos [...]”, anotó, y continuaba informando: “Él pareció dudar cuando se le preguntó si cambiaría la máscara por una de las ranas de oro que el escritor había obtenido de las excavaciones del sitio La Cueva” (Mason 1938, 172). Según Mason, aunque el indígena dudo por un momento, luego explicó que era muy antigua y que los Kagaba modernos no sabían cómo hacer una máscara así, por lo que no podía cedérsela.

Tendría que recurrir a otras artimañas para conseguir las máscaras encargadas, y las tretas dieron resultado, porque durante una fiesta en el pueblo de Palomino, y en ausencia del mamá Miguel, el comisario Venancio Mamatacan, le vendió varias máscaras, aunque el autor solo publica la fotografía de una de ellas, y comenta Gregory: “Fue en gran parte debido al comportamiento posterior de Mamatacan que el escritor dedujo que estos objetos habían sido robados. Pero para cuando llegó a esta conclusión, les pareció a ambos, a él y a su asistente, James Hawkins, que regresar las máscaras sería peligroso para ellos y ciertamente para el Comisario” (Mason 1938, 173). Las colecciones arqueológicas y antropológicas que Gregory Mason obtuvo en la Sierra Nevada y que incluía las máscaras, vasijas y urnas funerarias, restos humanos y un gran número de objetos que hacían parte de los ajuares funerarios (objetos de piedra, oro, conchas), tuvieron como destino la Universidad de Philadelphia, el Museum of the American Indian de Nueva York y el Museo de la Universidad del Sur de California. Solo un minucioso trabajo en los olvidados almacenes de estos museos podría demostrarnos que aún se encuentran allí.

Pero la historia no termina aquí: según señala el propio Gregory en 1936, y no sabemos bien por qué razón, si acaso por una mala conciencia obstinada, el director del museo de la Universidad le dio permiso para devolver la máscara, y dispuso todo para entregarla a sus legítimos dueños: “Él [se refiere a sí mismo] pensó que lo mejor sería ofrecerla al más importante y anciano de

los sacerdotes Kagaba, Mama José de la Cruz Dingula, de Macostama [...]” (Mason 1938, 175). Cuando llegó ante ellos con la máscara, los mamas reaccionaron con miedo, y al verla exclamaron que era “Malo, muy malo y Diablo muy diablo” (Mason 1938, 175). Otros sacerdotes se mostraron atónitos, pero no expresaron mucho miedo... Pero todos coincidieron en que era una máscara muy antigua, que representaba a un dios del inframundo, y todos rechazaron el ofrecimiento de quedarse con la máscara. Así escribe: “Y el falso rostro regresó con el escritor al museo de la Universidad de Philadelphia” (Mason 1938, 175). La interpretación del profesor Wilhelm Londoño a la negativa de aceptar la máscara es que, de haberlo hecho, habrían ido en contra de las prohibiciones impuestas por la iglesia a la práctica de cualquier ritual indígena “so pena de castigos físicos [...] ello podría implicar severas sanciones” (Londoño 2020). Una explicación que parece un tanto traída por los pelos. Quisiera poder ofrecer otra teoría a esta negativa de los indígenas de recuperar un objeto que, supuestamente, tenía un gran valor, pero sería mera especulación de esta autora, y me temo que como ya señaló en el siglo XIII el fraile Guillermo de Ockham, la mayoría de las veces la explicación más sencilla es la mejor explicación, y en este caso la sencillez está en que, para los indígenas, la máscara había perdido el valor mágico/simbólico al estar tanto tiempo en manos del gringo.

De la denuncia a la propuesta

El estudio sobre el expolio del patrimonio no debe agotarse en la cronología del despojo, debe servir como base para fundamentar la condición pública y la necesidad de la protección y el amparo del patrimonio en la actualidad, para lo cual será necesario establecer claras líneas de investigación que puedan escalar hacia normas legales y planes especiales. En este artículo queremos destacar tres posibles rutas que sirvan en este propósito:

— Debemos profundizar en la trazabilidad y auditorías de los fondos que se encuentran en instituciones extranjeras, no basta con el registro histórico de las piezas vendidas. La investigación actual debe confrontar los inventarios de sus almacenes con los diarios de campo y registros de carga, para identificar el volumen real del patrimonio descontextualizado que hoy “duerme el sueño del olvido”.

— Es importante evidenciar por qué las leyes de protección de 1907 y 1918, fueron sistemáticamente ignoradas por funcionarios y científicos, que “miraban hacia otro lado” mientras el patrimonio era extraído del país.

Poder entender este expolio, no como un accidente producto de intereses filantrópicos, sino como un mecanismo estructural donde la ciencia sirvió de “tapadera” para el expansionismo, permitirá blindar la gestión pública actual frente a nuevas formas de colonialismo científico.

— La investigación debe conducir hacia la legitimación del patrimonio que ayude a que el Estado colombiano establezca medidas más claras y contundentes para la recuperación de piezas y/o colecciones que, siguen en el país, y que hoy en día continúan en manos de privados. Sólo las instituciones del Estado dedicadas a la salvaguarda del patrimonio deben tener la potestad de inventariar este patrimonio material, e instrumentar la devolución a sus verdaderos herederos, o bien delegar en otras instituciones, públicas o privadas, su custodia. Sólo de esta manera podremos cumplir con el compromiso de reconocer la naturaleza pública y social de la historia.

No podemos perder de vista que el patrimonio material es parte inherente del patrimonio inmaterial y de la identidad de los pueblos. La urgencia de reconocer la condición pública del patrimonio no es solo una necesidad jurídica, sino un acto de justicia para con las sociedades que aún habitan la Sierra y que han visto su dignidad arrebatada por siglos de huaquería y expolio impune. Solo mediante la identificación y recuperación de este legado se podrá transformar el estado de sospecha contemporáneo en un fundamento sólido para la reconstrucción de la memoria colectiva.

La historia interminable

Estas actividades que comenzaron con la campaña sistemática de saqueo llevada a cabo por los conquistadores europeos en el siglo XVI, llegaron a constituir después, en los siglos XIX y XX, por un lado, un modo de ganarse la vida para muchas familias de huaqueros, la demostración de la expresión de la codicia individual de especuladores, comerciantes y mercaderes de antigüedades que, además, alimentaba el proceso sistemático de despojo para la legitimación del colonialismo científico. Estos actores contribuyeron, aunque en diferentes escalas, al despojo del patrimonio material y también inmaterial, en muchos casos aplicando métodos de rapiña, engaño y extorsión. La complicidad del Estado colombiano resultó determinante en este escenario, ya sea por una negligencia burocrática sistemática o por la participación activa de funcionarios que permitieron que el patrimonio fuera tratado como simple “moneda de cambio” en el tablero de la diplomacia internacional.

Y, como la “historia interminable”, el expolio continúa. Aún hoy, colegas, amigos y conocidos nos cuentan que sus padres y abuelos fueron testigos, y en algunos casos protagonizaron, rocambolescas escenas de huaqueros que llegaban a los bares de Santa Marta a vender los tesoros recién desenterrados de huacas y tumbas de la Sierra Nevada, exponiéndolos sobre las mesas que quedaban atestadas. No son pocos los nombres de conocidos profesores, estudiosos y científicos, de gran prestigio, nacionales y extranjeros, que siguen conservando importantes piezas del patrimonio cultural colombiano y de Santa Marta en sus casas. Esperamos que algún día todo este patrimonio pueda servir, como bienes culturales públicos, para que las sociedades actuales que habitan hoy la Sierra recuperen su memoria de siglos y su dignidad arrebatada con el expolio impune al que han sido sometidas.

Con el expolio de los objetos, se desarticulan registros de la memoria de los pueblos, de sus identidades. Al desvincular definitivamente el objeto de su matriz social y simbólica original, para ser trasladados a fríos catálogos o quedar sepultados en olvidados almacenes extranjeros, estos bienes pierden su función como vehículos de cohesión e identidad para transformarse en meras curiosidades nativas, en la mayoría de los casos completamente descontextualizadas. Esta situación exige que la historiografía actual trascienda la descripción del saqueo y asuma un compromiso ético con la reparación histórica.

Fuentes manuscritas y de archivo

Museo del Oro, Bogotá

“FICHAS de Registro de Colecciones de Orfebrería Extrajeras”

Archivos del Museo Etnográfico, Berlín

“Objetos recibidos de Santa Marta”. América, n.º 612/57. Colecciones Etnológicas, v. 2.

I. B. Sievers, Wilhelm. “Carta de Wilhelm Sievers a Adolf Bastian, Hamburgo, 1 de noviembre de 1886”. América, n.º 299/86. Colecciones Etnológicas, v.10, agosto 1885- diciembre 1887.

Bibliografía

- BEAULAC, Willard L. 1980. *The Fractured Continent: Latin America in close-up*. Hoover Institution Press.
- BOLINDER, Gustaf. 1929. *Bergsindianernas skattkammare: berättelse för ungdom*. B. Wahlströms ungdomsböcker
- BOLINDER, Gustaf. 1916. *Det Tropiska Snöfjällets Indianer: Från en Tåårig forskningsresa till Sierra Tairona och Sierra Motilon, Sydamerika*. Albert Bonniers Förlag.
- BOLINDER, Gustaf. 1924. "Die letzten Chimila-Indianer". *YMER* 44 (2).
- BOLINDER, Gustaf. 1925. *Hövdingar, rövare och medicinmän: äventyr y resor bland sydamerikanska indianer*. Bonnier.
- BOLINDER, Gustaf. 1921. *Indianer och tre vita*. Albert Bonniers Förlag.
- BOLINDER, Gustaf. 1927. *Indianerna och deras liv: skildringar för ungdom*. Åhlén & Åkerlund.
- BOLINDER, Gustaf. 1987. "Los últimos indígenas chimila". Traducido por Sonia Goggel. *Boletín del Museo del Oro* 18: 10-27.
- BOLINDER, Gustaf. 1942. "Urn Burials in Full-Size Mortuary Urns in Sierra Nevada de Santa Marta: Colombia". *Ethnos* 7 (1): 10-19.
- BOTERO, Clara Isabel. 2006. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: 1820-1945*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- BROC, Numa. 1992. *Dictionnaire des explorateurs français du XIXe siècle, T.2, Asie*. CTHS.
- BROWMAN, David. 2011. "Spying by American Archaeologists in World War I". *Bulletin of the History of Archaeology* 21 (2): 10-17. <http://dx.doi.org/10.5334/bha.2123>.
- BROWMAN, David, y Stephen Williams. 2013. *Anthropology at Harvard: A biographical History, 1790-1940*. Peabody Museum Monographs.
- CABALLERO, Beatriz. 1994. *Las siete vidas de Agustín Codazzi*. Carlos Valencia Editores.
- CARRIKER, Melbourne Romaine. 2000. *Vista Nieve: The remarkable, true adventures of an early twentieth-century naturalist and his family in Colombia, South America*. Blue Mantle Press.
- CASTILLO, Luis Jaime. 2012. "Arqueología y políticas públicas en el Perú: ¿Para qué y para quiénes hacemos arqueología?". *Revista de Arqueología Americana* 30: 7-34.
- CASTILLO, Luis Jaime. 2014. "Using drones in archaeological surveying and mapping". *The SAA Archaeological Record* 14 (4): 10-14.

- CASTRO, Pablo, Jorge Gómez, y Andrés Posada. 2018. *Wanderjahre, años de viaje en el trópico*. Universidad Eafit.
- COTTOM, Bolfy. 2012. "El patrimonio cultural: De los tratados internacionales a las leyes nacionales". *Revista de la Facultad de Derecho de México* 62 (257): 51-84.
- COTTOM, Bolfy. 2005. *La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas: Un análisis crítico*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- COTTOM, Bolfy. 2008. *Nación, patrimonio cultural y legislación: Los debates parlamentarios y la construcción del régimen jurídico del patrimonio cultural de México (1897-2005)*. Miguel Ángel Porrúa; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- DE Brettes, Joseph. 1898. "Chez les indiens du Nord de la Colombie: Six ans d'explorations". *Le Tour du Monde* 2.
- DE Brettes, Joseph. 1893. "Informe del Señor José de Brettes, explorador francés, jefe de la Comisión Geográfica Exploradora del Magdalena en su parte civilizada y en los territorios indígenas de Motilones, Arhuacos y Goajiros". *Anales de Ingeniería: Revista de la Sociedad Colombiana de Ingenieros* 4 (63).
- DE Brettes, Joseph. 1892. "Vocabulaires indiens: Toba, Chamacoco, Senapana, Guana". En *L'Amérique inconnue. D'après le journal de voyage de J. de Brettes*, editado por Marcel Mallat de Bassilan. Libraire de Firmin-Didot et C.
- ESCOBAR Corradine, Jaime. 2019. "100 años de Avianca: La historia de SCADTA". *Volavi*, 5 de diciembre. <https://volavi.co/aviacion/historia/historia-scadta-avianca-centenario-100-anos>.
- GAMBOA Hinestrosa, Pablo. 2002. *El tesoro de los Quimbayas: Historia, identidad y patrimonio*. Ed. Planeta Colombiana.
- GAMIO, Manuel. 1948. *Consideraciones sobre el problema indígena*. Instituto Indigenista Iberoamericano.
- GIRALDO Jaramillo, Gabriel. 1957. *Bibliografía de colombiana de viajes*. Editorial ABC.
- HARRIS H., Charles, y Louis R. Sadler. 2003. *The Archaeologist Was a Spy: Sylvanus G. Morley and the Office of Naval Intelligence*. University of New Mexico Press.
- HARRISON, John P. 1955. "Science and politics: Origins and objectives of mid-nineteenth century Government expeditions to Latin America". *Hispanic-American Historical Review* 35.
- KARSTEN, Hermann. 1858. *Die medizinischen Chinarinden Neu-Granadas*. Berolini.
- KARSTEN, Hermann. 1869. *Florae Columbia et terrarum quoadia centium specimina selecta in peregrinatione duodécima annorum observata*, 2 vols. Berolini.
- LEHMANN, Fritz Rudolf. 1938. "Konrad Theodor Preuß (1869–1938)". *Zeitschrift für Ethnologie* 71.

- LLERAS Pérez, Roberto. 2005. "Arqueología, patrimonio y conflicto armado en Colombia". En *Arqueología y guerra: Una perspectiva desde la gestión del patrimonio*. Museo Arqueológico Regional.
- LLERAS Pérez, Roberto. 2001. *El tráfico ilícito de bienes culturales en Colombia*. Ministerio de Cultura.
- LLERAS Pérez, Roberto. 2013. "Konrad Theodor Preuss, un alemán que excavó en San Agustín". *Boletín de Historia y Antigüedades* 100 (857): 431-449.
- LLERAS Pérez, Roberto. 2012. "Patrimonio de quién y para quién: La propiedad y la gestión del patrimonio arqueológico en Colombia". *Revista de Antropología y Arqueología* 14.
- LONDOÑO Díaz, Wilhelm. 2020. "Archaeologist, bananas and spies: The construction of the Archaeology of the North of Colombia". *Arqueología Iberoamericana* 45: 11-21. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3733813>.
- MASON, Gregory. 1938. "The culture of the Taironas". Tesis doctoral, University of Southern California.
- MASON, Gregory. 1923. "The riddles of our own Egypt". *The Century Magazine*: 43-59.
- MASON, J. Alden. 1931. *Archaeology of Santa Marta, Colombia: The Tairona Culture. Report on Field Work, Marshall Field Archaeological Expedition to Colombia, 1922-23* [Anthropological Series v. XX, n.º 1]. Field Museum of Natural History.
- MASON, John Alden. 1931. "Parte 1, Report of Fieldwork". *Anthropological Series XX*.
- MASON, John Alden. 1936. "Parte 2, sec 1: Objects of stone, shell, bone, metal". *Anthropological Series XX*.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo. 2016. *Arqueología de la arqueología: Ensayos sobre el origen de la disciplina en México*. El Colegio Nacional.
- MATOS Moctezuma, Eduardo. 2010. "Del saqueo a la arqueología: La lucha por el pasado". *Arqueología Mexicana* 103.
- NICHOLAS, Francis C. 1901. "The aborigines of the Province of Santa Marta, Colombia". *American Anthropologist* 3 (4): 606-649.
- NICHOLAS, Francis C. 1903. *Around the Caribbean and Across Panama*. Colonial Press.
- NIÑO Vargas, Juan Camilo. 2010. "En las inmediaciones del fin del mundo: los encuentros de Gustaf Bolinder y los chimilas en 1915 y 1920". *Antípoda* 11: 43-65.
- NIÑO Vargas, Juan Camilo. 2017. *Indios y viajeros: Los viajes de Joseph Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia, 1892-1896*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- NIÑO VARGAS, Juan Camilo. 2015. "Viaje y etnografía: Nota sobre la vida del explorador Joseph de Brettes y su obra etnográfica entre los pueblos indígenas del norte de Colombia, 1861-1934". *Historia Caribe* 10 (27): 141-176.
- PIAZZINI SUÁREZ, Carlos Emilio. 2020. "La colección de antigüedades de Leocadio María Arango Uribe". *Credencial Historia* 370. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-370/la-coleccion-de-antiguedades-de-leocadio-maria-arango>.
- PREUSS, Konrad Theodor. 1926. "Forschungsreise zu den Kágaba: Beobachtungen, Textaufnahmen und sprachliche Studien bei einem Indianerstamme in Kolumbien, Südamerika". *Anthropos*.
- PREUSS, Konrad Theodor. 1929. *Kunst: Ausgrabungen im Quellgebiet des Magdalena in Kolumbien und ihre Ausstrahlungen in Amerika*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- PREUSS, Konrad Theodor. 1897. "Künstlerische Darstellungen aus Kaiser-Wilhelms-Land". *Zeitschrift für Ethnologie* 30: 74-120.
- PREUSS, Konrad Theodor. 1993. *Visita a los indígenas kágabas de la Sierra Nevada de Santa Marta: Recopilación de textos y estudio lingüístico*. Instituto Colombiano de Antropología.
- RECLUS, Elisée. 1947. *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*. Editorial Cahur.
- RECLUS, Elisée. 1861. *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte Marthe: Paysages de la nature tropicale*. Hachette.
- RESTREPO, Olga. 1984. "La comisión corográfica y las ciencias sociales". En *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*, editado por Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann. Editorial Etno.
- ROOSEVELT, Theodore. 1914. *Through the Brazilian Wilderness*. Scribner's Sons.
- RUIZ, Ernesto A. 1989. "Las expediciones científicas de los Estados Unidos y las relaciones interamericanas (1849-1861)". *Geosul* 4 (7): 16-31.
- SAFFRAY, Charles. 1876. *Viaje a Nueva Granada*. Montaner y Simón.
- SAFFRAY, Charles, y Edouard Andre. 1984. *Fabulous Colombia's Geography*. Litografía Arco.
- SALGE Ferro, Manuel. 2007. *El patrimonio arqueológico: Un objeto de política y una herramienta de poder*. Universidad de los Andes.
- SALGE Ferro, Manuel. 2025. *En busca de lo que fuimos: La gestión del patrimonio arqueológico en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- SALGE Ferro, Manuel. 2010. *La "guaca" y la "finca": Relaciones de los pobladores rurales con el patrimonio arqueológico en el municipio de San Agustín*. Universidad de los Andes.

- SÁNCHEZ, Efraín. 1958. *Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*. Banco de la República.
- SIEVERS, Wilhelm. 1986. "Los indígenas arhuacos en la Sierra Nevada de Santa Marta". *Boletín Museo del Oro*.
- SIEVERS, Wilhelm. 1887. *Reise in der Sierra Nevada de Santa Marta*. Gressner & Schramm.
- SIEVERS, Wilhelm. 1903. *Süd-und Mittelamerika*. Bibliographisches Institut.
- SIEVERS, Wilhelm. 1896. *Zweite Reise in Venezuela 1892-93*. Geographischen Gesellschaft.
- SIMONS, Frederick A.A. 1879. "Notes on the topography of the Sierra Nevada of Santa Marta, U.S. of Colombia". *Proceedings of the Royal Geographical Society* 1 (11).
- SIMONS, Frederick A.A. 1881. "On the Sierra Nevada de Santa Marta and its watershed (State of Magdalena, U.S. of Colombia)". *Proceedings of the Royal Geographical Society* 3 (12): 705-723.
- STOCKING, George W. Jr. 1960. "Franz Boas and the founding of the American Anthropological Association". *American Anthropologist* 62 (1): 1-17.
- STRIFFLER, Steve, y Mark Moberg, eds. 2003. *Banana Wars: Power, production and history in the Americas*. Duke University Press.
- THEKLA, Hartmann. 2000. *Cartas do Sertão: De Curt Nimuendajú para Carlos Estevão de Oliveira*. Assírio & Alvim.
- UCEDA Castillo, Santiago. 2010. "La gestión del patrimonio cultural: El proyecto arqueológico Huaca de la Luna". En *Gestión del patrimonio cultural en el Perú*, editado por J. Alva y S. Uceda Castillo. Fondo Editorial de la Universidad Nacional de Trujillo.
- UCEDA Castillo, Santiago. 2000. "Los complejos monumentales moche: Entre la investigación y la conservación". En *Huaca de la Luna: Templos y dioses moches*. Fundación Backus.
- URIBE Tobón, Carlos Alberto. 1987. "Un antropólogo sueco por Colombia: Gustaf Bolinder". *Boletín Museo del Oro* 18.
- VALLIER, Charles. 1902. "Le Globe Trotter chez le comte Joseph de Brettes". *Le Globe Trotter: Journal Illustré* 19: 6-7.
- VIVEIROS, Esther de. 1958. *Rondon conta su a vida*. Livraria São José.

Recursos digitales

- BANREPCULTURAL. “Jorge Enrique Isaacs Ferrer”. Red cultural Banco de la República. Consultado el 24 de mayo de 2024. https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=Jorge_Isaacs_Ferrer.
- CARRIKER, Melbourne Armstrong. “Carriker, Melbourne Armstrong, 1879-1965”. Record Unit 7297. Smithsonian Institution Archives, Washington. https://siarchives.si.edu/collections/siris_arc_217454.
- DEUTSCHE DIGITALE BIBLIOTHEK. “Konrad Theodor Preuß en Colombia”. <https://ausstellungen.deutsche-digitale-bibliothek.de/preuss/exhibits/show/kolumbi-en-preuss/publikationen>.
- FISCHER, Manuela. “El largo camino de las máquinas a través del tiempo y el espacio”. *Miradas Alemanas*. <http://portal.iai.spk-berlin.de/Preuss.107+-M52087573ab0.0.html>.
- REYES, Aura Lisette. 2018. “La materialidad amerindia, entre relatos míticos y colecciones: una biografía de Konrad Theodor Preuss”. *Encyclopédie internationale des histoires de l'anthropologie*. <http://isidore.science/a/article1526.html>.
- SILVA Vargas, Vicente. 2016. “Preuss el alemán que descubrió San Agustín y se robó 21 estatuas”. *Las Dos Orillas*. <https://www.las2orillas.co/el-aleman-que-descubrio-san-agustin-y-se-robo-21-estatuas/>.

Recursos Audiovisuales

- GLADVEDT, Ottar, dir. 1920-1921. *Blandt Syd-Amerikas urskovsindianere*. Película. <https://www.imdb.com/title/tt0012946/>.